Aline Pettersson

La noche de las hormigas

ALFAGUARA

LA NOCHE DE LAS HORMIGAS
© 1996, Aline Pettersson

De esta edición:
© D.R. 1997, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
Av. Universidad 767, Col. del Valle
México, 03100, D.F. Teléfono 688 8966

- Ediciones Santillana S.A.
  Carrera 13 N° 63-39, Piso 12. Bogotá.
- Santillana S.A.
  Juan Bravo 38. 28006, Madrid.
- Santillana S.A., Avda San Felipe 731. Lima.
- Editorial Santillana S.A.
  4ta, entre 5ta y 6ta, transversal. Caracas 106. Caracas.
- Editorial Santillana Inc.
  P.O. Box 5462 Hato Rey, Puerto Rico, 00919.
- Santillana Publishing Company Inc.
  901 W. Walnut St., Compton, Ca. 90220-5109. USA.
- Ediciones Santillana S.A.(ROU)
  Boulevar España 2418, Bajo. Montevideo.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
  Beazley 3860, 1437. Buenos Aires.
- Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.
  Pedro de Valdivia 942. Santiago.
- Santillana de Costa Rica, S.A.
  Av. 10 (entre calles 35 y 37)
  Los Yoses, San José, C.R.

Primera edición en Alfaguara: mayo de 1997

ISBN: 968-19-0335-8

Diseño:
Proyecto de Enric Satué
© Cubierta: Pablo Rulfo y Teresa Ojeda. Stega Diseño.

Este libro se escribió bajo el auspicio de la beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte del CNCA.

Impreso en México

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Escribir es un acto que requiere de una larga maduración a solas. Sin embargo el proceso de la escritura de este libro desplegó de la manera más radiante la magia de los afectos. Mi gratitud a tantos amigos que me dieron generosamente su tiempo, sus conocimientos y su apoyo.

El sudor me cubre, un temblor se apodera de
todo mi cuerpo y tan pálida como la hierba
no muy lejana de la muerte me parece estar...

Las estrellas en torno de la luna radiante
velan de nuevo su claro rostro, mientras el plenilunio
ilumina la tierra con su fulgor más vivo.

SAFO

Un cóncavo minuto del espíritu que una noche impensada,
al azar y en cualquier escenario irrelevante ocurre,
[...]
nada más, madura, cae sencillamente,
como la edad, el fruto y la catástrofe.

JOSÉ GOROSTIZA

¡Hijodeputa!

El impacto toma al hombre por sorpresa y lo hace trastabillar. Un chorro de sangre le mancha la pierna del pantalón, al tiempo que alcanza a ver cómo huyen con su cartera y su reloj. Cómo se pierden entre las sombras de los árboles. Cómo se confunden en la distancia. Sólo el rumor continuo de los coches.

Intenta, primero, seguirlos. Es sólo durante la fracción de un instante, porque, de inmediato, sabe que no le será posible. Me hirieron un vaso de gran calibre. ¿Vena? ¿Arteria? La sangre mana empapando la tela. Quiere gritar. Pero no lo hace, no hay quién lo escuche.

Se lleva las manos a la pierna. Con los dedos se oprime fuertemente. Todo ha sido tan inesperado, tan rápido. No siente dolor. Sólo sorpresa. Ya en el suelo, se desabrocha el pantalón que baja a las rodillas. Y presiona, presiona; pero la sangre, indiferente, sigue brotando. ¡La arteria! Sin duda fue la arteria. El chorro es muy grande. ¿Por qué, Dios, no fue la vena?

Se apoya en el tronco de un fresno, presiona los dedos, ya mojados, en el muslo. Y siente la plenitud de la noche. Hay un ligero murmullo de hojas agitadas por el viento. Un murmullo, casi inaudible, porque el ruido de la calle lo apaga. Ve cómo detrás de los árboles se perfilan las siluetas de los edificios, las luces de las casas. Y él tan solo, tan aislado, como si en lugar de encontrarse en el parque estuviera en la espesura de un bosque. La ayuda tan próxima y tan inaccesible. ¿A cuántos pasos? Si pudiera echarse a andar. Si pudiera... Pero no puede. Los dedos ahora están entumecidos por la presión en la pierna. Retira la mano. Sí, es sólo por la presión, porque la otra mano que va en pos del orificio guarda (¿aún?) su vigor. Aún. ¿Por cuántos minutos?

Pero, ¿qué nadie escuchó el disparo? ¿Y quién va a exponerse a recibir otro? ¿Lo haría él? El juramento. Él tendría que hacerlo. ¿Y lo haría en esta penumbra? ¿En estos tiempos? Se armaría de valor para brindar auxilio a quien ni siquiera ha gritado. ¿Lo haría? Gritar. Gritar. Va a hacerlo. Es su única esperanza. Los minutos corren... después, aunque lo intente, ya no tendrá fuerzas. Debe ser la arteria. Hipócrates. El juramento ha sobrevivido como rito hueco. Sobrevivido. Acaso todos los ritos se vacían de contenido. ¿Qué haría Hipócrates? Comprimir, como él lo está haciendo, y ligar, de ser posible. Tal vez sobre un lecho de mármol. Ya le llegará el mármol muy pronto. El lecho eterno de mármol. ¿Dónde está enterrado Hipócrates?

Verán el contenido de la cartera, el poco dinero. Las tarjetas. Pero ellos no van a utilizar las tarjetas. No después del tiro. O tal vez en estos momentos, en que nadie lo sabe, se pongan a comprar frenéticamente. Sólo tienen media hora hasta las diez. Sólo tengo media hora. Pero la media hora de ellos es hasta el final, hasta que el policía de la tienda ponga candados en las puertas. La mía es hasta el final, pero mi

final. No, no tiene media hora. Sólo unos minutos antes de que sea demasiado tarde. ¿Por qué? ¿Por qué? Por los estúpidos ritos. El juramento de Hipócrates, la caminata. El tiempo no vuelve, pero yo quise regresarlo. La niñez en el parque. La muerte en el parque. La circularidad de los ritos. El policía cerrando la puerta de la tienda, ¿y aquí?, ¿por qué no está aquí?

Ni todos los dedos del mundo pueden auxiliarme. No aquí. El hombre sabe que si consiguiera ayuda, esto pasaría por un mal sueño. Un mal sueño con un grato despertar. ¿Y cómo no va a saberlo él, precisamamente él? Pero está solo; hasta los ladridos de los perros alborotados con el ruido del disparo ya dejaron de escucharse. La ciudad se sume en sus rutinas, sorda al hombre que no se puede incorporar. Sorda al flujo de la sangre que lo abandona inmisericorde. Hace un esfuerzo y grita. Pide auxilio, mientras sus dedos prosiguen en el intento de obstruir el flujo. El chorro de voz se pierde entre los árboles.

Va a morir. Sí va a morir de manera tonta, innecesaria, inútil. ¿Pero no son así todas las muertes? ¿O casi todas? Va a morir por un capricho estúpido. Va a morir por haber querido echar atrás al tiempo. Y es que el tiempo no puede nunca regresar. Seguirá su camino de río que recoge y abandona a quienes lo abordan. Igual, igual que la sangre sigue su curso ahora fuera de sus límites naturales. Pero el tiempo no pierde sus fronteras, sigue siempre en una dirección, una sola, única dirección recogiendo y despidiendo pasajeros. Mi puerto de desembarco, sin aviso previo, sin pedir mi parecer, ha sido ya anunciado.

El hombre se dobla. De repente, como el balazo, surge, bronco, el dolor hasta entonces embozado por la sorpresa, ahogado por la hemorragia, unido al silencio, no cómplice, sino con una resignación momentánea, que ahora se transforma en rebeldía. El dolor se clava ahí donde antes entró el proyectil.

El cuerpo protesta por la agresión. Reacciona con más vigor que el hombre. El cuerpo ignora explicaciones y grita queriendo arrastrar con su grito a ese hombre, apoyado en el tronco añoso de un fresno, estremecido en su silencio. Quiere, acaso, guardar ahí, en ese silencio, una fracción mínima de las fuerzas que huyen escondidas en el flujo, ahora desnudo, de su sangre.

Mientras la mano oprime y la sangre huye, el hombre en el terror de la búsqueda, en la urgencia de hallar la manera de salvarse, deja que la mirada indague en todas direcciones. Tal vez en cualquier momento aparezca algún transeúnte, alguien que le devuelva, con su presencia, un asidero a la vida que se le escapa. No puedo ser yo la única persona que atraviese de noche el parque. Es un parque, no un campo de batalla. Alguien debe aparecer en cualquier momento. Alguien saldrá a pasear al perro. Alguien se citará aquí con la novia. Alguien caminará antes de dormir. Dormir... Morir...

Se yerguen las cabezas despeinadas, viejas de las palmeras. Ya no van a durar mucho, había pensado hace unos cuantos minutos. Están enfermas, agónicas, había pensado. Distintas al recuerdo de su niñez lejana. Pero lejana será, también muy pronto, su edad actual. Todo va a serlo. Las palmeras seguirán su lento deterioro. Y él quisiera verlas fenecer de viejas, de descuido, enfermas de este tiempo que se escapa. Palmeras tan altas e incitadoras para sus pies infantiles, que buscaron escalarlas muchas veces. Qué feas están, había pensado, o quizá así las hubiera visto yo, entonces, con estos ojos de casi cincuenta años. Los niños contemplan al mundo con ojos diferentes. La edad de las palmeras se mide de otra forma, son otras sus dimensiones temporales. Acaso la edad de estos árboles sea parecida a la mía, aunque su temporada en el mundo sea más larga. El dolor le encoge el cuerpo. Y tan cerca, y tan imposibles, se iluminan las ventanas perfiladas más allá de los árboles, al otro lado de la calle.

Y todo, también, por la estúpida discusión con Elisa. Por Dios han discutido tantas veces. Tantas. Y siempre vuelven a encontrarse porque se necesitan. Yo la necesito ahora. Vaya que la necesito y ella no va a saberlo. Lo sabrá cuando ya no importe. Irá a dormirse enojada, esperando a que suene el teléfono... Que no sonará. Tantos pleitos que encontraron una tregua, un cruce de caminos entre dos voces paralelas, antagónicas, amorosas.

Elisa con sus intuiciones exacerbadas, con su mira puesta en otros sitios. Elisa, la mujer que lo ha acompañado un breve trecho del tiempo que hoy, de pronto, va a segarse. Si sólo no me hubiera exaltado de esa manera... Ahora la tendría probablemente entre sus brazos en una reconciliación, que no por conocida, sería menos intensa. Porque siempre, después del huracán, el cielo queda mucho más limpio. Azul, tan azul, como el que ahora, muy de vez en cuando, sorprende en esta ciudad de cielo de plomo. Plomo. Bala de plomo. Si sólo me hubiera tragado el orgullo para ceder un poco. Sólo un poco, le había repetido ella tantas veces. Alfonso, no son locuras, déjame explicarte. Pero él siempre se había negado a conceder ni lo más mínimo. Son coincidencias, Elisa, no te engañes. Cuando alguien me lo demuestre, entonces creeré. No antes. No me pidas que eche a la basura los conocimientos de la ciencia. No me lo pidas, Elisa. No puedo.

Y después, quién sabe cómo, empezaba el proceso inverso. O no es que empezara, sino que tomaban ellos otros caminos. Olvidaban las palabras para leer, entonces, en la piel. Se hundían en ese otro lenguaje que a sí mismo se explica. Y crecían ramas, follaje humedecido por su propia savia, por el sudoroso rocío, por las fuentes de vida de cada uno. Fuentes de la vida...

Instintos animales, reacciones hormonales, sinapsis y ya. ¿Ya? Eso no es todo, Alfonso, le había dicho Elisa, la medicina, aunque te duela, sigue en pañales, coincidencias, dices; pero es que ustedes se niegan a ver lo que siente, lo que cree, lo que percibe el resto de los mortales. Mortales, eso es lo único seguro. La certeza única y desoladora del hombre. La muerte que está aquí ahora asomándose entre la sombra de los árboles. Agazapada bajo las hojas enormes de los acantos. Esas hojas que lo escondieron a él tantas veces en su infancia. La muerte se acerca vestida de rojo. Vestida con un traje de larga y líquida cauda. Los dedos siguen en su labor inútil. Toma fuerzas, de nuevo, y vuelve a gritar. La voz se pierde en el aire oscuro. Se pierde como se pierde todo. Más tarde o más temprano.

Tal vez si no fuera médico, si no supiera con certeza qué le espera... Tal vez fuera mejor la ignorancia a esta seguridad sin escapatoria. Pero Alfonso Vigil no puede olvidar lo que sabe, lo que ha observado, constatado a lo largo de su vida. La impotencia, la debilidad humanas para vencer los imponderables de la muerte. Cohibir la hemorragia. Y todo el equipo médico, todo el instrumental fue tantas veces incapaz de salir airoso. No son Dios, aunque así se sientan, le dijo Elisa. Otros también se lo dijeron. Y la cara de piedra de "se hizo lo que se pudo, señor, señora. Lo sentimos mucho". ¿Pero qué había detrás de la fórmula repetida tan mecánicamente? ¿Detrás de un cierto fastidio por poner cara de circunstancias, voz de circunstancias? La vida seguía, entonces, para él. Y allá los familiares que cargaran con su pena, que la alejaran de su lado. Además ni siquiera creo en Dios. Y ahora, dentro de poco, podrá constatarlo. Todo se termina con el último estertor. No hay ninguna evidencia de lo contrario. Aunque el hombre busque, desesperado, consuelo, explicaciones que rebasen el sentido

común. La eternidad. La prolongación del tiempo terreno en otras dimensiones.

¿Y mis hijos? ¿Cómo irán a tomarlo Esteban y Ana? ¿Cómo? ¿De veras quiero saberlo? Él mismo sabe con qué frialdad (¿entereza?) tomó la muerte de su propio padre. No, no fue entereza, fue frialdad. Con los datos médicos en la mano, sabía que el fin era inminente, que su padre había vivido ya todo su tiempo, que algún día iba a llegar, que ya había llegado, que era razonable. Pero la suya, ¿es que su muerte es razonable? Choque hipovolémico, diría la clínica. Confirmará la autopsia. Porque es claro que va a haber una autopsia. Nunca he entendido bien la súplica histérica de la dispensa. Los despojos amados sujetos a una vejación. Sí, los toros no se ven de la misma forma desde la barrera. Pero un cadáver ha dejado de ser una persona. Todo se acaba al cesar la vida. Materia inerte en vías de descomposición como la de cualquier otro miembro de este mundo. Sólo las piedras conservan su dignidad de piedras. Su casi eternidad de piedras.

¿Y cómo irán a enterarse? ¿Cuánto tiempo después? ¿Quién será el primero? No, eso no importa. Lo que importa es que alguien lo sepa ahora, y que me ayude. Todavía tengo tiempo. Ana... Cómo ha querido a Ana. Estuvo presente en su nacimiento, bueno, también vio nacer a Esteban. Es sólo que con ella las cosas han sido siempre más fáciles. Es más fácil llevarse bien con una hija. Nunca ha olvidado la emoción de tenerla por primera vez entre los brazos. Verla dejar de llorar, tranquilizar el rictus doloroso para encontrar la placidez en sus jóvenes brazos de padre. Sí, hay una secreta ternura en la paternidad. Pa-pa-pá, balbuceó Ana y los ojos de Alfonso registraron un escozor húmedo que ocultó con vergüenza. Pero disfrutó esos momentos, un poco a escondidas, quizá, con una intensidad de la que no se hubiera creído

capaz. Ese pequeño conglomerado de células, ese torpe, diminuto ser cuya mitad procedía de él. La mitad de la hélice de trenzado doble iba a girar y girar para revolverse en las ondas del tiempo y era su hija.

El hombre se curva por el dolor. Pasa la mano libre por la frente, por el rostro, por su bella, espesa y siempre bien cuidada barba rojiza, ahora ya canosa. La barba que llamaba tanto la atención a su hija, de pequeña, que ésta aventuraba las manos para tocarla y retirarlas, luego, sorprendida por su aspereza. La cabeza de él inclinada sobre la cuna de la niña acercándose y alejándose del alcance de sus dedos. Las risas infantiles que tanto disfrutara.

Tal vez en esos primeros tiempos de la vida de Ana recuperó la sorpresa del encuentro con el mundo. Estar cerca de su hija y verla asombrarse ante la vida y sus misterios. Se olvidó de su profesión, de sus conocimientos y peleó con su mujer por la primera sonrisa de la niña. Ciencia trascendida, creyó descubrir el primer brote de inteligencia en los ojos de la pequeña. Creyó, como creen todos los padres, que Ana se incorporaba al mundo de manera extraordinaria. Después, tantos años después, sorprendió el desconcierto de Elisa al ver la foto de Elba con la niña en brazos sobre su mesa de noche. Ella retiró la vista, no dijo nada. No hacía falta. Y claro que tenía otras fotografías de la niña que no hubieran remarcado su vida pasada. Sin embargo, jamás pudo sustituirla. Quien me quiera ahora, que acepte mi pasado. Y Elba es mi pasado.

Es que si no aparece alguien pronto... Los segundos corren como aquellos, regresivos, de los quirófanos. Del cien al cero, del todo a la ¿nada? Bajar la angustia, distraer la atención, fijarla en un solo estímulo, fijar el tiempo... La mínima eternidad de cada quien. Atenuar la angustia de percibir la orilla oculta, borrada. Porque lo que se sabe con certeza, en la distancia es casi como si no se supiera o se hubiera olvidado. Lejos, ajeno, discurre el tiempo que se percibe en el retorno circular de las estaciones. Pero aquí las estaciones ofrecen una continuidad sin sobresaltos. Un día hermano del otro en la rutina diaria, en el clima suave, casi inalterado. Inalterado para los demás, inalterado hasta hace unos cuantos minutos para el hombre que se estremece en la penumbra.

El tiempo que se ha hecho tan ominosamente presente, tan angustiosamente presente, seguirá su trayecto engañando siempre, sin voluntad de engaño. Porque el tiempo no tiene más voluntad que seguir siendo. Son los hombres los que se llaman injustamente a engaño. El conocimiento inescapable del propio exterminio es el que inclina a negar lo que no puede ser jamás negado. Y sin embargo... ¿estás seguro, Alfonso, de que no hay nada? Pues la evidencia médica... Nadie ha vuelto para contarlo. ¿Y si hubiera otras dimensiones?, ¿y si Dios nos estuviera esperando, Alfonso? Allá tú y tus creencias, pero a mí nadie me ha venido a contar nada, y mira que en mi profesión...

Elisa y sus manos laboriosas y su risa pronta y su capacidad de gozo. Elisa que deja pasar las horas anudando los hilos de sus tapices. Anudando ese algo que se escapa y que ella pretende fijar en la urdimbre, con el anhelo, quizá, de olvidar la fugacidad del tiempo. Y mientras sus dedos trabajan, meticulosos como los del cirujano, lo escucha a él relatarle sus logros, sus fracasos, sus proyectos, sus esperanzas. Las palabras quedan sujetas ahí, entre las hebras, hasta el momento en que ella terminará la obra tejida y destejida en búsqueda de una perfección inalcanzable.

La serie va a llamarse "Las bodas de Ifigenia". Pero jamás has hecho algo figurativo. Pues no, y no lo voy a hacer ahora tampoco. Pero puedo inspirarme en eso. ¿O no? Tampoco has estado en Grecia. Es cier-

to, nunca he estado, e Ifigenia nunca se casó, por lo mismo, puedo inventar. ¿Inventar?, ¿y el paisaje?, necesitas datos de la realidad. Sí, de la realidad, la mía, Alfonso, la que yo imagino y sueño. Y Alfonso la observaba, acaso incómodo. En esos momentos no está seguro de qué significa el silencio de ella. Si de verdad lo escucha o si él habla al aire y Elisa sólo asiente, mientras se escapa afianzada por las hebras entre sus dedos sembrando manchones inesperados de color.

Si alguien no me auxilia pronto, no llegaré a la exposición. Dentro de dos meses. Dos meses ¿unos cuantos minutos?, es lo que lo separa de esas bodas, que nunca se efectuaron, de la emoción de colgar los tapices, de brindar por el éxito. De regresar el tiempo a la primera vez en que él, por accidente, la conoció. Accidente. Acaso sean los accidentes los que ciñen la vida. O la desciñen.

Entonces por la fascinación que provoca la luz a la mirada, el ruido, el movimiento, las risas, entró, casi sin querer, a la galería. Y mientras el público charlaba, de espaldas a la obra, aceptó una copa y recorrió la sala, para, finalmente, entablar conversación con una joven mujer alta, delgada, de pómulos altos también, y cabello castaño hasta los hombros, que le sonreía. Alfonso confesó su sorpresa ante los extraños títulos buscando la complicidad de ella, seguro de que compartían el mismo desconcierto. Ella estuvo de acuerdo en las peculiaridades de los artistas, en la manera que tienen para abordar lo que a simple vista resulta obvio. ¡Qué complicaciones de las gentes! Después él intentó huir cuando se dio cuenta de su error, pero ella lo invitó a la fiesta que le ofrecían.

Hebras líquidas se instalan entre los dedos crispados del hombre. Los manchones brotan y crecen. Ha intentado varias veces ponerse de pie sin conseguirlo. Y grita y vuelve a gritar a la distancia, a las

ventanas iluminadas. A la vida. Debe guardar la calma. Debo guardar la calma. El movimiento agudiza el flujo. Y es que el flujo de la vida ha cambiado de dirección. El tiempo involuciona desde la cabeza enmarañada de la palmera hasta la raíz, hasta la semilla. No, hasta antes. Bajo la superficie de la tierra irán a tocarse la sed de la planta que no va a nacer y la sangre del hombre.

...el lenguaje es cosa superflua. Lo que tenemos de mejor queda intacto en el fondo de nosotros, como la perla del fondo del mar...
HÖLDERLIN

Tus mejillas permanecen arreboladas, encendidas por la emoción. No puedes creer en tu buena fortuna. El ruido de los preparativos es sordo, constante, monótono como el zumbido sagrado de las abejas. No cabe en los rincones inocentes de tu corazón de doncella que el palacio de Micenas esté en movimiento aprontándose para el viaje. Tu viaje, Ifigenia, tu viaje. Te estremecen las emociones, pero no sabes nombrarlas. Invadida por una sensación amplia, que ha ido bañando tu piel, tu sangre, el dorado vello que cubre tus miembros, con una urgencia que carece de nombre, recorres, sonámbula casi, los aposentos reales.

Escuchas, a lo lejos, la voz fuerte de tu madre dando órdenes. Ves el ir y venir de tus criadas extendiendo con cuidado los pliegues de tus peplos, las telas tejidas por tantas manos de mujeres que te aman. Las telas que tú misma ayudaste a hilar, a teñir, mientras tus pensamientos huían en galope suave soñando con un futuro promisorio, que ahora está a punto de cumplirse.

Pero no tienes palabras... Incapaz de comprender el temblor que, constante, te recorre como

constante ha sido la impresión en tu tacto del hilo pasado entre tus dedos finos y largos de princesa apenas núbil. Te acompañas con el cuchicheo de las esclavas después de la lectura de la carta de tu amadísimo padre, el rey Agamemnón. Y con la mirada cariñosa de tu nodriza, cuyos brazos te ciñen con fuerza, hasta provocarte una incomodidad que no sabes explicarte bien. Es sólo que el contacto de su piel recia te produce estremecimientos, estremecimientos no conocidos antes.

Atisbas el brillo del peine de oro y marfil, que ordenará el sol de tus cabellos; ves cómo cae, despacioso, en un ánfora, el aceite que te ungirá, que te purificará el anhelado día del himeneo. De tus labios brota un canto de alborozo que se confunde, tan suave es, con las voces infantiles de tus hermanas. Tu mirada se extiende hasta ellas, muy niñas aún para comprender lo magno del momento que se aproxima y que ellas no van a presenciar. Las ves con ternura casi maternal y piensas, entonces, que pronto tú también acunarás entre tus brazos al fruto de tu amor, que va a reunir en su carne la belleza que has heredado de Leda con la belleza, que todos cantan, de tu prometido.

Porque las glorias de Aquileo traspasan fronteras, y tú, Ifigenia, te vives afortunada con la gracia de tu suerte. Recuerdas el gozo de tu madre dándote las buenas nuevas. La casa de los atridas se enriquecerá con tus nupcias con el valeroso hijo de Tetis y Peleo, los dioses han sido benévolos contigo, te dijo ella al tiempo que alisaba tus cabellos y una sonrisa radiante, amorosa iluminaba su rostro. Y la sonrisa fue tan grande y plena que saltó hasta tus propios labios. Y ahí ha permanecido durante un tiempo largo sin intenciones de abandonarlos nunca. Dichosa serás, Ifigenia, muy pronto, dichosa ya lo eres mientras aguardas el día de la ceremonia. Mientras te alistas para el viaje, mientras sueñas en el futuro mag-

nífico que te espera y que sólo parece ser ignorado por los bueyes que rumian tranquilamente a la espera de ser enganchados a los carros, sin presentir el viaje.

Dejas caer la vista en tu pequeño hermano Orestes que hará contigo y con tu madre el recorrido. Acaso, es tan pequeño, no lo recordará más tarde. Y serás tú, Ifigenia, quien le relate cómo su risa fresca de río alegró las horas del trayecto. Sí, hoy lo miras correr detrás de las palomas, amparado por la presencia dulce de su nodriza. Escuchas el arrullo de algunas de estas aves que se ocultan entre las columnas del palacio para susurrarse sus amores, para susurrarse los tuyos. Porque quisieras adivinar en ellas tus propios amores, Ifigenia.

Ves bajo la sombra de los olmos que atenúan los ardores divinos del sol, a las criadas trabajando, infatigables, en la elaboración última de las telas que vas a llevar a tus bodas, a tu nueva vida. El tierno canto de las náyades de la fuente se esparce en tu alma para juntarse al tuyo. Y el aroma suave de tanta flor se difunde en la vastedad de los rosas, oros, corales, magentas, y de ahí brotan, desde la oscuridad de sus centros hasta la crátera de pétalos donde, vibrantes, se posan los colibríes. Tu corazón tiembla como el rápido aletear de las avecillas en busca de mieles, igual que tú, Ifigenia, que también esperas las mieles del porvenir. Un polen dorado va a extenderse por los aires tibios de tu patria.

El vivo azul del cielo que corona las frondas de los árboles, las cimas oscuras de los montes se manchan con alguna nube blanca, terriblemente blanca, como blanca es la espuma del mar color de vino donde espera tu padre. Ahí, ante la valla de las veleras naves a punto de partir en pos de la justa victoria, Agamemnón te abrirá los brazos para acogerte en su pecho paternal antes de conducirte a tu destino.

No son las guerras futuras, Ifigenia, lo que llena tu cabeza con los vapores febriles de las anticipaciones. Sabes bien que los hombres se cubren de gloria en los campos de batalla mientras las mujeres aguardan ansiosas su retorno. Cómo desearías que los vientos permanecieran calmos, perennemente calmos, evitando el chocar de los metales, el correr pesaroso de la sangre, evitando, así, tanto duelo. Sin embargo, tu felicidad invade de tal forma todos tus resquicios, que con el mismo gesto de tu mano que espanta el vuelo impertinente de una mosca, te espantas los pensamientos que no estén en espléndida armonía con tus deseos.

Tus ojos siguen el lento desplazarse de las nubes en su viaje sin rumbo. Descubres en ellas rebaños magníficos de ovejas, de cabras, de carneros que pastan en las llanuras profundamente azules más allá de cuanto tú puedas nunca imaginar. Descubres el reflejo de las aves que, enormes, allá a lo alto repiten las siluetas de las que tú, aquí, de menor talla conoces, y que pueblan el éter.

Y sueñas, Ifigenia, con el destino que te espera al cabo de tu marcha. Eres aún tan joven, que al llamado persistente de tus hermanas, quisieras correr con ellas para proseguir tus juegos infantiles. Sin embargo, tu vida va a tomar otros derroteros.

Los dedos entumecidos se mueven para aliviar la molestia de la mano, que, sin embargo, persiste. No se atreve a examinar si ese entumecimiento se encuentra sólo ahí. Sabe que, de cualquier modo, la sensación irá apoderándose de sus brazos, de sus piernas. Pero aún no, aún es demasiado pronto, aunque su tiempo interior se haya divorciado del otro.

Él ha oído tantas veces a los enfermos relatándole experiencias en que pierden la noción de tiempo y espacio. En su profesión se trata de algo que sucede con frecuencia. Las características no difieren mucho, y sus preguntas y respuestas están conformadas para devolver el sosiego, para no alarmar inútilmente, para ofrecer palabras a quien, quizá por la angustia, no logre formularlas. Es tan fácil explicar, cuando se tiene la práctica.

Y aquí, esta noche, la noción del tiempo se pulveriza como el agua de la fuente, que cae desde la altura de los cántaros ceñidos por los grandes brazos de la mujer. Frente a ella había permanecido, hace unos cuantos minutos, en la observación de las minúsculas gotas de agua brillando, danzando a la luz de los faroles. La violencia del cuerpo desnudo, gigantesco, hierático de esa mujer temida en su infancia. Entonces tan en el centro del parque, ahora el parque está partido por una calle, que despojó a la figura de su antiguo horror. ¿Será porque la calle la expone sin la protección de los árboles, sin el peso morboso de lo oculto?, ¿o será que su mirada no logró ya apropiarse del azoro de la infancia?

Así como se dispersan las gotas, al hombre se le dispersan los segundos para siempre. Pero todavía puedo darme cuenta. La baja de irrigación cerebral no ha provocado grandes lesiones. Todavía. Mi percepción del parque aún es fidedigna. Sin embargo su aspecto es muy distinto del otro, del de mis recuerdos. Del recuerdo que lo llevó a esta situación sin remedio.

Elisa no le había creído que la mujer de cemento antes hubiera estado medio escondida entre los árboles. Será el misterio del cuerpo femenino que descubrías, Alfonso. Tu encuentro con la enormidad de su pubis, de sus pechos debe haberte espantado. La desnudez prohibida mostrándose así, sin recato, tan amenazante, y dura, dura como piedra, que la forma con tanta geometría. Los mecanismos del in-

consciente, pero, claro, me vas a decir que eres neurólogo y que no aceptas más que lo que tus manos tocan o tus ojos ven o tus aparatos miden. Pero él se había sentido seguro. Seguro de tantas cosas, seguro de que antes no existía esa calle, seguro de que las explicaciones del cuerpo se encuentran en la química, la física. Que el ser humano no es muy diferente de los demás seres vivos. Que lo otro es buscarle tres pies al gato. Y que a él no le gustan los gatos.

La seguridad de sus juicios ha sido su debilidad y su fuerza. Así ha vivido y así va a morir. Porque va a morir pronto. Un grito surge de su garganta. Ronco como aullido animal que externa su dolor y su miedo. Que ruega, que implora ayuda. Y que acaba por confundirse con las bocinas de los coches. La sangre le ha salpicado la barba, los hermosos cabellos canosos, la camisa. La sangre se apropia de la superficie de su cuerpo mientras abandona su suave tránsito bajo la piel.

La sangre a la que, al principio, le costó trabajo acostumbrarse, como le costaron trabajo sus primeros enfrentamientos con la muerte. Con el hecho de morir, pero, también, con los tristes despojos yacentes sobre las planchas de disección. Hay algo desvergonzado en esos cuerpos casi tan pétreos y rígidos como la mujer de la fuente. Tan distintos de aquellos seres humanos que antes fueron. Y al principio hay, también, algo de vergüenza en quien los contempla.

Ahora podría explicarle a Elisa su sensación infantil. No se trata del descubrimiento inquietante del sexo, no. No ahí. Es la distancia tremenda entre el palpitar de la vida y su representación en una materia que muestra, tan a la vista, su rigidez. Hace falta hábito para percibir en la mujer de la fuente, como en los cuerpos del anfiteatro, lo mórbido de la carne, sus coloraciones, sus texturas, sus olores naturales, particulares. Su condición de seres en el mundo, en el tiempo, tiempo y mundo que, ahora, huyen de él.

Porque, Elisa, todas esas burlas que tanto nos achacan, como la irreverencia, no llegan desde el principio, los estudiantes se aterran y muchos hasta se desmayan al contemplar a los muertos, el tufo del formol, la molestia en los ojos es horrible. Pero te acostumbras. Uno se acostumbra a todo. ¿Y se acaba, entonces, Alfonso, la sensibilidad? Se maneja.

La muerte inesperada de su hermano lo impulsó a la carrera de medicina, a desear entender. Porque Alfonso Vigil supo que, de haberse detectado, de haberse sabido a tiempo, el mal hubiera tenido remedio. Que Rodrigo no debió morir así. Que la peritonitis se pudo haber evitado. El bienestar de su casa se fue para siempre, sólo permaneció la sombra del joven brillante, muerto a destiempo. Y que se apropió de la mirada triste de la madre, de su desinterés en todo y todos. Junto con Rodrigo se pudrió la alegría.

Alfonso Vigil decidió caminar los caminos de la ciencia. Tenía necesidad de respuestas, quería acercarse a las fronteras de la muerte. Mi muerte. Tal vez la búsqueda de conocimiento sólo sea la angustia que pretende atenuar, borrar, olvidar ese único conocimiento. La muerte no espera al final del camino, va detrás del hombre más pegada a él que su sombra. Es ella quien lo azuza y así da origen al arte, la ciencia, el pensamiento. Es motor de todas las ideas. Y su término.

Sin embargo hay otras formas de medir el progreso de los días. La necesidad de evasión y de retorno, de sentir que todo vuelve, que se conocen las claves, como en el fenómeno del *déjà vu* que sus pacientes le narran con asombro, y que le ha ocasionado tantos conflictos en las reuniones sociales, porque se niega a aceptar explicaciones bizarras. Pero también sabe que pueden tomarse los hilos de una experiencia repetida y, por lo tanto, entrañable. En ella el tiempo individual acumulado se despoja de la sor-

presa para entregarse, pleno, para revivir con fuerza el espectáculo que la memoria entrega ofreciendo la ilusa certidumbre de una eternidad que, no por carecer de sustento, está menos enraizada en el corazón.

Fue eso lo que llevó a Alfonso Vigil a caminar esta noche por el parque. Fue eso lo que lo tiene ahora al borde de su tiempo. Porque, finalmente, los ritos pueden ser idénticos, las personas, no. La ciudad se ha transformado, como la gente, como todo. No pueden echarse para atrás los años, ni las costumbres. Y si el parque es y no es el mismo, las circunstancias ahora son otras. Y si Alfonso Vigil durante la niñez, al amparo cariñoso de la mirada de su madre, se ocultó entre las hojas de los acantos, detrás de los troncos de los árboles, mientras imaginaba batallas heroicas, esta noche, aquella violencia fantasiosa es una realidad cotidiana sin ningún halo de grandeza.

Acaso fue su misma seguridad personal la que lo condujo hasta aquí. Y se sintió al margen de su momento. A mí no va a pasarme nada. La paranoia colectiva es un exceso. La vida debe seguirse viviendo. No puede uno enloquecer y encerrarse en las cuatro paredes de su casa. Porque también ahí, dentro de la casa, puede brotar el peligro.

Sin embargo, al hombre, ahora, la vida se le acaba. El azar que opta por cortar los hilos, que cancela la planificación cuidadosa del futuro. Él sabe muy bien de qué manera un suceso fortuito cambia las perspectivas. Y aquel paciente confiado en su pericia, confiado en sus palabras esperanzadoras, de pronto descubre que el diagnóstico sufrió una alteración en el criterio del médico. Que las cosas deben ser revaloradas, que la ciencia no es infalible.

¿Se estará alguna vez listo para la muerte? ¿Lo estoy yo? La mirada implorante de aquella joven mujer, la mano que se aferró a su mano, doctor, ¿me voy

a morir? ¡No me deje! ¡No me deje, por favor! Preparar a los familiares, preparar al que la enfrenta. Todos, indefectiblemente, manipulan las palabras, el silencio. Esas pausas largas elocuentes que prescinden de las palabras. Porque no existe aquella que diga más que lo que dice la densidad del silencio.

Sí, él ha considerado que, de ser posible, debe haber un tiempo que permita la comprensión, pero que permita, también, poner en orden los eventos de la vida, lo que va a suceder ya sin la presencia de ese testigo a punto de abandonarla. Porque uno vive de los proyectos que le dan sentido a las acciones, a la espera, a la esperanza. Y Alfonso Vigil se encuentra (¿se encontraba?) en la mejor época de su carrera. Su prestigio, su entrega, su conocimiento le han abierto puertas en muchas direcciones. Es justo ahora cuando ha llegado a la plenitud. Cuando su calendario está lleno de promesas. Esta es la coda antes del final. Y luego, Elisa...

¿Cuándo va a enterarse Elisa? Pensará que sigo enojado. Esperará. Pero, ¿cuánto tiempo?, ¿cuánto es un tiempo razonable? Por Dios, soy yo el que espera ayuda. Soy yo el que va a perder la razón. El que se muere solo, solo como perro. ¿Por qué tienen que ser así las cosas? Si hace un rato, un rato pequeñísimo estuve con ella discutiendo acaloradamente. Acaloradamente, pero él, ahora, empieza a sentir las gotas de un sudor que lo llena de frío. Empieza a sentir no sólo el pálido frío de la noche, sino el otro, el de la otra noche que velozmente se aproxima. ¡Elisa!

Nunca, ni en sus fantasías más enfebrecidas soñó que sus horas pudieran transcurrir al lado de esta mujer tan joven, tan distinta a las otras mujeres de mi vida. Desde luego de Elba. Porque Elba llegó de la forma más natural, más esperada. Elba también llegó muy joven, pero yo también lo era entonces. Decidieron casarse al término de su internado médico. Se

iniciaron entre la amplia ilusión y la estrechez propia de los recién casados. Y Alfonso Vigil, haciendo suya la prerrogativa divina, decidió moldear a su esposa a su imagen y semejanza. Busquémosles un orden a las cosas, Elba, me hace falta para vivir en paz. Llego cansadísimo, y bueno fuera poder estirar la mano y saber que voy a encontar el periódico siempre aquí, y a ti enterada de lo que pasa en el mundo. Que podemos comentarlo tú y yo... Que la cena no va tardarse mil años. En fin, ya nos iremos amoldando los dos. Tampoco es para tanto, ¿verdad?

Cuando se atravesó en los caminos de Elisa, muchos de los suyos propios habían sido recorridos. Desde luego que Esteban y Ana eran ya dos adolescentes asomándose, ahora ellos, a la seducción del tiempo largo por recorrer. Y ese encuentro primero, teñido por su error de apreciación, fue rescatado por el buen humor de ella.

Durante los primeros tiempos, él sintió incomodidad al revivir la manera en que se conocieron. Le quedó una sensación de ridículo. El inicio de la charla, después lo supo, llevaba una oculta ironía de parte de la joven mujer, que lo invitó a la celebración de su triunfo de esa noche. Después comentaron que el éxito vuelve generoso. Elisa, sorprendida por su tono tan ajeno al resto de los invitados y feliz por la buena acogida a su obra, decidió incoporarlo al festejo. Como ave rara.

Ahí, en esa casa, diferente de las que él frecuentara, y en cierto sentido tan caótica, así pensó él, se le ofreció ese otro mundo hasta entonces lejano e inaccesible.

Además hubo una atracción de la piel, Alfonso, de la piel. Y te vi perdido sin saber qué decir después de tu metida de pata. Que no lo fue, porque el encuentro ha valido la pena. ¿O no? La había valido, era indudable. Aunque él debió reconocer que los

modos le resultaron, al principio, muy ajenos. Que la gente hablaba de otra manera, decía cosas que las estructuras de su mente se niegan a avalar. Es como con los enfermos y sus familiares. Sólo que entre ellos, su palabra tiene un peso que con los amigos de Elisa parece inexistente.

Pero no lo descubrió aquella primera noche, atento a ese otro registro que, de pronto, se desplegaba frente a su vista, sus oídos. Y, pensó, de vuelta en su casa, que no se trataba de asuntos relacionados con los grados de inteligencia. Fue descubriendo, después, que esos seres tan extraños para él, los artistas, ven, aprehenden las cosas de otra manera. No es cuestión de sabiduría, ¿o sí? Él sostiene que sí.

Y ambos han discutido mucho, como discutieron hace sólo un rato. Caramba, Alfonso, no seas tan intolerante, la ciencia no es la dueña única de la razón. La gente ha vivido por los siglos de los siglos, ¿o no? Pero a tus casi treinta años, Elisa, ya serías una anciana. Y tú, Matusalén; y tengo veintiocho. Son discusiones incómodas, porque, después de todo, ella está más próxima en edad a sus hijos. Y en momentos así, la juventud de la mujer lo exaspera al confrontarlo.

Pero no lo exasperan sus arranques, sus maneras explosivas, su entrega febril al trabajo de telar, a preparar exposiciones, su entrega igualmente febril y ruidosa para hacer el amor. No, por el contrario, su propia capacidad de gozo crece al lado de la de ella. Y crece tanto que él acaba por rendirse seducido por esas locuras. Y está dispuesto a seguirla, a olvidar su edad, su estatura de hombre conspicuo. Ella lo arrastra en un deleite que raras veces vislumbrara antes de conocerla.

Él, el doctor Alfonso Vigil, ha incurrido en faltas a la moral y las buenas costumbres. El doctor Alfonso Vigil estuvo a punto de ser sorprendido en circunstancias ¿incómodas? medio desnudo, ciego y sordo a todo lo que no fueran los pechos descubier-

tos de Elisa, saliéndose por el escote, su falda levantada, sus muslos temblorosos. Y las voces de la gente de la pequeña ciudad que visitaban, tan peligrosamente próximas, cuando, al pardear la tarde, ella lo indujo a disfrutar y temer los peligros de ser sorprendidos en el parque, en otro parque. Después, entre risas, comentaron la escena. ¿Y si nos hubieran arrestado? Pues llamabas a tu hijo Esteban para el pago de la fianza. Al fin estudia leyes, ¿no? Mi vida, quién lo dijera, ha sido marcada por los parques.

Llena de ardor te debates en el lecho. Tu cuerpo parece desconocer su nocturno refugio. Porque mientras buscas, entre los lienzos revueltos, esa grieta de sueño, de calma, que te acoja y lleve al reino de la noche, tus pensamientos vuelan, como vuelan los aires que inclinan la esbeltez de los juncos sin quebrarla. Tu cabeza se puebla de voces que sólo tú escuchas. Armonías más allá de las palabras. Voces femeninas milenarias que parecen llamarte al himeneo. Voces de la sangre que te susurran alborozadas recordando, ellas, sus propias nupcias. Tú no las comprendes, son rumores de una urgencia que presientes, que crees descifrar.

Sólo la voz nítida de tu madre es clara señal de albricias para tu futuro, de la dicha que vas a conocer en los brazos de Aquileo. Ahí, entre sus miembros robustos, hallarás el gozo, que, ahora no puedes, no te atreves a imaginar. Pronto los dedos de la aurora traerán el día. Y tú iniciarás la marcha.

Porque el carruaje de oro del sol completó, para ti, su último trayecto en Argos. Pero antes, tomaste la mano pequeña de tu hermana Electra para ir recorriendo uno por uno los aposentos del palacio. Besaste las columnas, aquellas columnas que no hace tanto tiempo sirvieron de protección a tus juegos. Aquellas columnas de mármol, cuyas vetas desataron tu imaginación de niña, invitándote a encontrar en la piedra figuras de plantas, de animales nunca vistos por tus ojos. Que te ocultaron de la cercanía de tu aya, de tu madre, del sabio cuidado de tus criadas. Columnas que se hicieron cómplices de tu mirada curiosa al sorprender, detrás de ellas, el ardiente abrazo de dos esclavos, ajenos a tu presencia. Y los viste, Ifigenia, revolcarse de gozo y los escuchaste gemir. Y como la cierva, fascinada ante la bestia a punto de devorarla, permaneciste en silencio, al acecho, inmóvil ante la furia y el placer que te revelaron algo, que si bien no comprendiste, inquietó tu tierna carne.

Después, siempre con la manecita inquieta de Electra en la tuya, le obsequiaste el preciado tesoro de tus muñecas, prenda de cariño y memento de la vida que te aprestas a dejar atrás. Pero, en medio de tu felicidad grande, tienes pena por la familia que abandonas que, acaso, no verás en un tiempo largo, o, que acaso, no volverás a ver nunca. Porque la vida de una esposa está ahí donde el esposo levante su tienda, ahí donde el deber lo convoque. Y es ahí donde ella se colmará con la dulce carga de sus frutos.

Te acercaste a las mujeres de tu casa, absortos sus ojos, sus manos, lejos de ahí sus pensamientos, mientras de sus bocas salían dulces canciones y el hilo infatigable de los telares iba poco a poco incorporándose a la urdimbre de unas telas que ya no van a ceñir tu delgado cuerpo de doncella. El tiempo, junto a ellas, ha acompañado tus sueños, como si al tejer, estuvieras, entonces, tejiendo toda tu vida. Y la voz reposada de la nodriza a tus ruegos, te narró muchas veces las faenas de las parcas. Recordaste cómo, de pequeña, te llenabas de pesadumbre cuando por tu torpeza, la hebra se rompía. Ella tranquilizaba tus temores ante tu falta de pericia, y ataba los nudos. Ten calma, mi niña, el tejido no se ha dañado, no

te preocupes. Y tú, Ifigenia, retomabas la labor entre las manos.

Te encaminaste, después, al sitio que tanto disfrutas, donde, afanosas, las mujeres preparan las harinas, la levadura, que con ayuda del agua, moldean hasta convertirlas en nutricio pan. Porque las mágicas transformaciones del trigo, el aroma del horno, el crepitar de la leña, la espera golosa te remontan a tiempos que no sabes precisar, pero que son los que forjan tus recuerdos más tempranos de la infancia a cubierto, protegida por la proximidad de tus padres, por la alegría ruidosa de tus hermanos, por la solicitud de tus criadas. Instante del hambre saciada, del seguro bienestar. Morosamente comiste una tajada de la hogaza, queriendo, acaso, que permaneciera un tiempo largo en tu boca, para conservar en ella el sabor de tu casa. Y una gota pequeñísima de saliva brilló en tus labios.

El aceite de la lámpara en tu antecámara se quema iluminando, apenas, los contornos de los muebles. Y ya las estrellas que tapizan los cielos van a esconderse pronto, sin que tú hayas conseguido atrapar al sueño. Ahí en las alturas del éter, en el manto espeso que las sostiene, como sostienen las redes los destellos de plata de los peces, depositaste un deseo. Sólo un deseo en cada una de ellas. En cada punto lejano, en cada brillo quieres resguardar, Ifigenia, tu porvenir. Y si más astros nacieran allá arriba, tendrías siempre el fulgor de la esperanza para llenarlos. No cabes en ti, y entonces te prodigas en el espejo altísimo que repite tus ansias.

Porque en tu lecho de virgen, revives el recuerdo de aquel abrazo que tú, indiscreta, sorprendiste. Y tus manos de largos dedos parecieran cobrar una voluntad que, hasta ahora, se mantenía en el letargo. Y tus manos recorren montes y colinas, humedecidos por la secreta fuente oculta en la maleza.

Y tus manos se solazan recorriendo superficies que despiertan, que se incendian a su paso. ¿Cómo quieres dormir, Ifigenia, cómo, si en toda tu piel, si en toda tu alma se aviva el fuego del sol?

Alcanzas a escuchar en la lejanía el sonido melodioso de una siringa. Tal vez se trate de un pastor que, como tú, no ha sido capaz de invitar la presencia suave de las horas donde reposan los pensamientos, arropados entre lienzos muy negros. Y que, ahí, esperarán la llegada del día, para ser aprehendidos de nuevo.

Te despediste de cada uno de los rincones de tu casa, de la gente, de las flores, de los árboles, del agua, de la vida que estás a punto de abandonar en este sitio seguro tan amado por ti. Y tu sangre se encuentra, como se encuentran tus pensamientos, agitada por las turbulencias que te habitan, para las que no encuentras cauce, dividida entre tu deseo, mayor que tu misma talla, y el temor a lo desconocido.

Sí, Ifigenia, también estás temerosa del tiempo venidero que hallarás ahí donde tu amantísimo padre y los demás guerreros han de recibirte muy pronto. Sin embargo, la certeza de ir a ese encuentro al lado de tu madre te tranquiliza. Todo está bien, te dices, dejas caer las manos a los lados. Pese al calor, te ovillas y cierras los ojos con fuerza. Tal vez finalmente llegue el sueño que abreviará tu espera.

¡Que venga alguien pronto! ¡Pronto! Voy a morirme aquí tirado. Y no quiero. Por Dios que no quiero. ¡No quiero morirme! La voz del hombre ruge, acaso enronquecida, acaso empezando a debilitarse, igual que su cuerpo, que su esperanza. Tiene la frente cubierta de sudor y en su ropa, las humedades se confunden. El calor de la sangre, la sudoración que le enfría la piel. Todo llegará al equilibrio, al perfecto equilibrio. El perfecto equilibrio de la energía, de su porción de

energía. Calor y frío se irán entretejiendo, neutralizando en cada poro, en cada célula, en cada átomo, en cada partícula. Y Alfonso Vigil acabará integrado al orden al que tiende todo el universo. Leyes que no van a modificarse nunca. Es sólo que uno lo olvida y vive en sus lindes, casi como si por una suerte de magia, allá, en el límite del tiempo de cada quien, se vislumbrara el portento de la excepción. Como si ni la profesión misma fuera capaz de aceptar en uno la certeza, la única certeza de la que es dueña la conciencia humana.

Ya no escucha a los perros. Encogido, el hombre aún sostiene la misma presión de los dedos que pretenden borrar el hueco. El hueco por donde la vida se le escapa. Un puño de agua. Un chorro de agua que cae de los cántaros de la enorme mujer y trepa de nuevo para circular de nuevo. El eterno retorno del agua de la fuente, de la circulación de mi sangre que ya no puede regresar. La esclusa abierta en busca del idéntico nivel de los fluidos. ¿De la entropía?

¿Dónde dejas al amor, la imaginación, la creatividad? No los dejo, los disfruto. ¿No crees, Alfonso, que el hombre es algo más que las leyes naturales? ¿No crees que existan otras que ignoramos, que nos falta mucho por saber? Claro que sí, nos falta mucho, muchísimo. Pero esas patrañas, serán patrañas siempre, se los aseguro. ¿Como el sol girando alrededor de la Tierra? No es lo mismo, acepto que no es lo mismo, tampoco lo es la hipnosis, que tanto parece encantarles a ustedes, que su famosa telepatía. Te aseguro, querido doctor, que si el hipnotizador del circo llegó hasta el consultorio médico, a la telepatía le llegará, también, su turno. Y si no nos alcanza esta vida, lo seguiremos discutiendo en nuestra siguiente reencarnación, ¿de acuerdo? ¡Bah!, supersticiones, cambiemos de tema. ¿Para qué seguir gastando saliva si no puedo convencerlos? Mejor les sirvo un poco más de vino. Enseñémosles tus tapices, Elisa, ¿quieres? Verán qué

maravilla. En esa magia sí creo. Dices que es el mito hecho colores, ¿verdad, Elisa?

Cambiar de tema... Hay temas que siguen, hay una necesidad de saber que no puede ser frenada nunca. Por eso Alfonso Vigil no ha dejado de investigar nunca. Es imposible sosegar el ansia para sentarse en el consultorio tranquilamente. Existe el gran placer de ver más allá. De ser capaz de analizar, de sintetizar el conocimiento y seguir siempre indagando. Saber más. Poder más. Quizá detrás de esa búsqueda sólo yazga el ansia de poder. Quizá no se trate de acciones altruistas sino, más bien, de una dosis grande de egoísmo. ¿Será siempre egoísta el placer? No. No puedo aceptarlo, no así, no tan brutalmente. El aroma penetrante de las rosas borró los olores tan conocidos de la sala de consulta. La mujer puso en las manos del joven médico un gran cesto, usted cumplió su promesa, salvó a mi muchacho. Tenga para su mamacita, doctor, ella me lo va a entender. ¡Qué Dios lo bendiga!

La profesión es generosa. Y no sólo la profesión, así en abstracto, sino la suya, precisamente la suya. Porque no es sólo vigilar un hígado enfermo, o entablillar un hueso. Es algo mucho más fino, es llegar al límite. Acceder al abismo al que se enfrenta quien teme dejar de poner el pie en su calidad de hombre, de mujer. Asomarse al horror de presenciar a alguien a punto de desbarrancarse y tener la cuerda lista para tendérsela, si es posible. No siempre... Pero, si está en mis manos, si tantos años de trabajo, de estudio me permiten ofrecer una esperanza, no hay satisfacción mayor en toda la Tierra. ¿Y los reconocimientos? ¿Y las envidias? ¿Y las alianzas profesionales? ¿Y la defensa de los cotos?

¿Entre la muerte y la pérdida de facultades, qué es más temible? La muerte del alma en la que Alfonso Vigil no cree. Pero no es entonces cuando el alma abandona el cuerpo. Es sólo que no se deja ver. Y

sobreviene el triste deterioro de calidad de la vida. O se convierte uno en una palmera moribunda, como las del parque, negándose a morir del todo. La copa del árbol dañada y el tronco aún en pie. O se extravía la llave que nos abre las puertas del mundo. Y yo he tenido la posibilidad de ofrecerla, de ir viendo los progresos, cuando los hay... Captar el brillo de los ojos y el temblor agradecido de la mano que lo estrecha a uno. Las palabras torpes que no pueden decir lo que ha dicho el fulgor de la mirada. Tender la cuerda cuando todo parece perdido. Acertar donde otros se equivocaron. Bueno sí, hay un placer mayor al de la curación del enfermo, el del triunfo del conocimiento. ¿Y eso es malo?

El hombre frota la manga contra su cuerpo. Quiere subirla un poco para ver el reloj. No puede. Habrán pasado, tal vez, tres minutos. No lo sé. No lo sé. El tremendo dolor... Los quejidos del hombre echado bajo el fresno. Isquemia. Pero a mí no va a darme gangrena seca. No va a haber tiempo. No va a haber tiempo ni para la gangrena ni para mí. ¡Ya no! ¡Ya no!

Esteban se ocupará de todo. Esteban el hijo con el que no se entiende, con el que no me entiendo. Qué difícil ha sido el trato. Qué duro ha sido el muchacho ¿conmigo?, ¿con todos? Papá, es que no quieres entender. Pero eso no es cierto, sí he querido, siempre lo he intentado, pero no parece que encontremos la manera. Esteban arreglará los trámites con la misma frialdad ¿entereza? con la que él recibió el acta de defunción de su padre. La distancia del abogado... La distancia del médico... La distancia que le permite ver con claridad el proceso. Verlo con horror. Ver que me estoy muriendo...

¡Esteban! Quisiera decirle lo que lo quiere, lo que hace mucho no le dice. Ha sido siempre más fácil abrazar y besar a Ana, conversar con ella sin estar peleando por una cosa o la otra. Por meras estupideces, tal vez. Quisiera decirles que hace un rato se despertaron los patos de picos enfermos, bubosos, que igual que las palmeras, agonizan, ahora, en este parque.

El hombre recuerda su cercanía con la niñez de sus hijos, los juegos compartidos, su propia esperanza en el futuro. El carácter difícil de Esteban, sus conflictos en la escuela. Pero recuerda, también, su curiosidad insaciable, sus preguntas sin fin, su inteligencia. Las caminatas por las calles, por el campo, por la playa regocijándose con sus hijos ante sus gozosos hallazgos. Entonces no quería que el tiempo pasara. Se estaba tan bien. Los cuatro estaban tan bien, porque, ahora, de pronto, la risa de Elba revive en el recuerdo de esos lejanos días en que pensó que todo era para siempre.

A Esteban le será fácil arreglar las cosas cuando me encuentren. ¿Y cuándo van a encontrarlo, así, sin cartera, sin papeles? ¿Quién descubrirá su ausencia? Elisa espera que sea él quien la busque, la idiotez del pleito amerita una llamada suya. El orgullo de Elisa. No, Alfonso, no estoy dispuesta a que nadie ofenda mi dignidad. Tal vez antes... no sé... las mujeres de antes... Pero así soy yo, así me conociste, Alfonso, son otros tiempos, y...

Si vivieran juntos, ella acabaría por sospechar un accidente, algo. Pero... ¿Cuándo? Y después de todo, qué más da. Aunque vivieran juntos, el hombre se moriría. Se moriría antes de que ella decidiera preocuparse. Ni siquiera se necesita ser médico para saberlo, la sangre habla por sí sola. Su hijo Esteban se hará cargo eficientemente de las circunstancias y Ana, ¿cómo va a tomarlo Ana? Me buscarán los del hospital. Lo buscarán cuando estén seguros de que el retraso no se debió a un mero imprevisto, en esta ciudad, en estos tiempos, en esta violencia, en este caos. Pero claro que es un imprevisto. No será un retraso en la

agenda, es cerrar las tapas de la agenda, desecharla, y concertarle al paciente una cita con algún otro colega, porque el doctor Vigil falleció lamentablemente en un asalto callejero.

Cuando murió el loro, cuando sus plumas acabaron de estremecerse, con el animal aún tibio en sus brazos, Esteban le preguntó que qué le sucedía. Así fue cómo sus hijos se enfrentaron por primera vez al hecho de que la eternidad no nos cobija. Eligió con cuidado sus palabras, quiso acercarse y compartir con ellos el acceso al conocimiento exclusivo del hombre. Quiso hacer suya la pena de los niños por esa muerte. Y la pena por las otras, por todas las otras que seguirían. Pensó que no iba a olvidar nunca sus rostros afligidos, incrédulos, las lágrimas abundantes de Esteban. Porque hay algo que, siempre cada vez, vuelve a tomar por sorpresa. Lorito, toca la marcha que lo manda el general. Pero la jaula quedó en silencio. Los mendrugos de pan salpicaban, todavía, el piso del patio. Los mendrugos de pan como los que él les llevara, en su infancia, a los patos del parque. De este parque.

Guardaban la miga escarbada a los bolillos, y había un gran deleite al rodarla entre los dedos y formar pequeñas municiones, que iban a endurecerse muy pronto, y que ellos llevarían, por la tarde, a los patos. Alfonso y su hermano Rodrigo, bien provistos, se acercaban cautelosos para lanzarles una, dos, o tres de las bolitas primero, como un acto de seducción. Era tan agradable verlos acercarse presurosos graznando a la espera de aquel manjar. Y después, dosificar el gozo de tenerlos implorantes, atentos a la mano pródiga. La sensación ambigua entre poder y generosidad. Pero Rodrigo se fastidiaba pronto, buscaba el vigor de la actividad, el reto de subirse a los árboles, de correr, de sentirse libre. En Alfonso prevalecía el gusto de ser regidor momentáneo del destino, del destino de los patos. Caminar por el césped

rociándolo de los copos de pan. Vivirse como el flautista del cuento, seguido de un pequeño ejército de plumas.

Y, terminada la ración del día, verlos alejarse, ausente de su fragilísima memoria la gratitud por el regalo. Y una vaga molestia, en el niño, por ese olvido. Qué pronto desaparecen los recuerdos. Qué pronto son sustituidos recuerdos y personajes. ¡Qué pronto! El ejército se dispersaba reiniciando el contoneo solemne de su marcha, y volvían, algunos, a esconderse entre las begonias y otros, a zambullirse en las aguas verdes, olorosas del estanque. El niño regresaba a sus juegos. El poder divino exhausto con la extinción de la dádiva. El contoneo de los pasos de Elba, caminas como pato, patita mía, le había dicho tantos años después, al observarla desplazarse con su enorme barriga, los últimos tiempos antes del nacimiento de Ana. Voy a regalarte un rebozo de bolita.

La joven y dulcísima novia, dispuesta a dejarse conducir, a fincar juntos el futuro. Un futuro para siempre, Elba, para siempre, le había dicho, se lo habían prometido ambos con la seria honestidad de la ignorancia. ¿Qué falló? De qué manera la vida va torciendo sus caminos. De qué manera las lentes modifican la visión hasta transformarla en un paraje no previsto. De qué manera lo repetido tantas veces acaba por volverse intolerable. Y las palabras se transforman. Acaso sean las mismas, mas no se perciben de la misma forma. Y los caminos se alejan de esa encrucijada primera del descubrimiento renovado. Nadie es inagotable, es cierto, pero eso también se olvida, hasta ir a golpearse contra el muro. Ese muro que limita y orilla a modificar la marcha, a alejarse, sin quererlo, a protegerse del poder avasallador del otro.

Alfonso, en un principio, disfrutó la posibilidad de orientar los pasos de su esposa. A él le correspondía abrir las brechas de tajo para facilitar la entrada,

era, así lo había pensado él, su deber con la familia que estaba naciendo. No les fue fácil prodigarse en la carne, pese al deseo de ambos. Hay un aprendizaje que no siempre tiene éxito, una urgencia de explorar que no siempre es la misma. Acaso el deseo no baste para encontrar el gozoso equilibrio del placer. ¿En qué consiste el deseo de la mujer, si debiera ser tan sencillo, si se trata del acto natural por excelencia? Tiempos, destiempos...

También quiso compartir con ella el inicio de sus logros profesionales, el ir creciendo juntos. Pero la brecha fue expandiéndose y con ésta, el fastidio. Se agranda la distancia al ser imposible hacerse comprender, al verse obligado a explicar siempre, explicar aquello que el ejercicio de la profesión hace obvio al enterado. Sobreviene la fatiga, la pereza. Y, con ello, brota el silencio. No la densidad compartida del silencio, solamente un vacío que se extiende, que opaca el trato, que lo lastra.

Elba, a su vez, fue llenando su vida de actividades, que tampoco conseguían entusiasmar a su marido. Sí, se escuchaban, conversaban procurando detener el lento desbastarse de la andanza, con la sospecha, casi certidumbre, de lo inútil del esfuerzo. Era un matrimonio que se amaba, pero que iba a instalarse, también, en el deterioro de los días.

El lenguaje se va haciendo tan ajeno que acaba por convertirse en otra lengua. Y queda en ambos la sensación de una expectativa grata que fenece. Parecería tan sencillo evitarlo. Se busca la medicina preventiva, la vacuna, pero... Vivían tiempos nuevos y se dieron una tregua, buscar en otra, en otro, el impulso para regresar al camino, su camino. La receta falló. Roto el puente, abierto el horizonte en las diversas direcciones que ofrecían los cuerpos no sabidos de memoria, la chispa de sentirse renacer ilusamente con la narración de las obsesiones propias, con el

entusiasmo de lo nuevo. Y no pudieron volver al centro amoroso de ellos juntos. La inercia los mantuvo mucho tiempo. Hasta que ya ni la inercia fue capaz de retenerlos.

El hombre mira, más allá de los árboles, a las ventanas iluminadas de casas conocidas en su niñez, o de los edificios que ahora se elevan modificando aquellas calles que sólo persisten en su memoria. La ciudad, la gente, el mundo entero han cambiado y donde antes se erigía una paz cansina, ahora ruge la violencia.

Sacude la cabeza. Un rumor, un zumbido vela la presencia sonora de la vida, que allá, del otro lado del parque, bulle ajena a la urgencia, a la desesperación. Porque el hombre se debate entre la desesperación y la calma chicha. Como el velero que impotente aguarda la llegada de los vientos.

El zumbido... ya llegó el zumbido y mi pronóstico se afirma, se confirma. Y ¡por Dios! que no he perdido la cabeza. No la he perdido todavía. Me observo morir con una frialdad que no es humana. A lo hecho... A lo hecho, ¡por Dios!, a lo hecho ¿qué? Eres inflexible, Alfonso, casi diría que inhumano. Pero, si así tenemos que ser los médicos, había afirmado él tantas veces a la gente que lo escuchaba. Uno debe protegerse, no se puede morir con cada paciente; antes acabaría uno completamente loco. Loco, quisiera estar loco ahora y no en esta horrenda parálisis, soy yo el que se muere. ¡Yo! La próxima exposición de Elisa debiera llamarse "El parque" pero ella también olvidará muy pronto...

Los dedos de la aurora, tan rosados como floración de almendros en primavera, acarician suavemente la piel de los cielos. Y ahí queda su huella dulce, como queda en las telas la presencia de la púrpura. Y du-

rante un tiempo, la superficie va a transformarse en espejo de un manto regio que no distingue entre el poder divino y la fuerza noble de los hombres. En ese instante la armonía se prodiga en todo el cosmos. Dioses, hombres, bestias, plantas, piedras, ríos, mares y montañas fundidos en la milagrosa aparición de un nuevo día. Brota, entonces, desde la fuente más profunda del alma, un canto de esperanza. Y tú, Ifigenia, con los párpados aún cargados por el sueño, sonríes llena de dicha, mientras tus oídos, poco a poco, van abriéndose al rumor de la vida que despierta.

Las voces de los criados comienzan a retirar el lastre de la noche a tu cuerpo joven, que irá recobrando, anhelante, fuerza y deseo. Escuchas, cobijada por los paños de tu lecho, el impetuoso trajín que sacude al palacio de Micenas. Porque todos los miembros de tu casa quieren ser parte en los preparativos de la hija del rey Agamemnón que va a celebrar los esplendores del himeneo.

Escuchas, a lo lejos, la voz de tu madre, y sabes que debes abandonar la lacitud nocturna para abreviar la espera y acortar la distancia que te separa de tu prometido. Y sin embargo, tus miembros no obedecen el mandato, renuentes a dejar atrás el gozo de tus ensoñaciones. La clepsidra marcará el paso del tiempo, pero tú, aún desfalleciente, te apropias, por unos momentos, de la eternidad que habita tus entrañas, que extiende para ti las bellezas urdidas por el alba.

Adviertes los pasos decididos de tu aya aproximarse a tus habitaciones. Los tienes contados y desde ese conocimiento tuyo, tan vasto como vasta sea tu memoria más lejana, mides así, avara, el tiempo que divide este largo presente del porvenir que hoy ha de iniciarse. Mientras, allá afuera, el trino cándido de las aves teje una red que irá asfixiando la hoguera en la

que son inmolados los últimos vestigios de la noche, para que el día gane de nuevo la batalla. Después, volverá el éter a adquirir su azul cercanía con el azul del oleaje perenne de los mares.

Lejanos tus pensamientos, Ifigenia, te sorprendes con el desperezarse de tu gata, tan pegada a tu cuerpo y tan quieta que esta mañana te habías olvidado de ella. Te estremeces de sorpresa ante su movimiento inesperado y, también, al recordar que tu mano la acaricia hoy por última vez. Quedará con Crisostemis y Electra para que su pelambre terso como una sonrisa y su manso ronroneo mantengan, entre los brazos de tus pequeñas hermanas, vivo tu recuerdo. Luego, a la aparición de tu nodriza, abandonas el lecho.

Observas el agua tibia que va a purificar tu cuerpo para el viaje. Después, sus manos expertas limpian tu piel de las huellas de la noche. Y dejan caer sobre tus hombros el peplo, de fino algodón egipcio, que con sus pliegues enaltece tu figura. Sepulta el aya el peine por la dorada maraña de tu pelo, y las gotas de agua, que aún permanecen en él, salpican tu rostro arrebolado.

Tomas entre tus manos el cuenco de leche fresca que sacia tu sed y abre tu apetito. Entonces, coges unos higos, cuyas oscuridades paladeas. Has ido recobrando las diurnas energías que tu juventud solicita. Sientes, Ifigenia, el palpitar ansioso de tu corazón que corre, ahora mucho más veloz de lo que muy pronto correrán las ruedas de los carros para depositarte en el puerto de Aulis.

Tu gata, expectante, roza tus piernas y tú, entonces, colocas a tus pies el cuenco, lleno a medias, para compartir con ella la blancura del líquido.Tu saliva y la suya se mezclan en el barro.

Hay un ir y venir de los otros, tuyo, dentro y fuera del palacio colocando los bienes que has de

llevarte, mientras colocas las imágenes de tu casa, de tu gente que quieres guardar en ti. Y lo haces con un cuidado mayor que el empleado con los cestos, cuyos vientres atesoran tu dote. Porque tú, Ifigenia, deseas transportar en el corazón los aromas y colores, los rincones y las voces que han acompañado tu tiempo de hija dócil, para que te auxilie su recuerdo a erigir la fortaleza que toda esposa debe a su esposo. ¡Que Aquileo te halle bien provista! Rica, como debe serlo una hija de reyes.

Y de pronto te ves en el carro, al lado de Clitemnestra, en cuyo regazo palmotea Orestes, contento de emprender, al fin, la marcha. Su corta edad le impide comprender lo magno del acontencimiento. Pero, entre risas, el niño aguarda la emoción placentera del paseo. Azuzan el paso de los bueyes, en cuya cornamenta unas guirnaldas de flores se agitan con los aires. Giran las ruedas... Las figuras de piedra de los magníficos leones, que flanquean la puerta del palacio de Micenas, se yerguen impasibles, cerrando así tus días de princesa, ahora a punto de abrirse a un nuevo estado, que no puedes del todo concebir.

Tu madre, Ifigenia, rodea con su sólido brazo tus hombros temblorosos, alisa tus cabellos y tú vuelves la cabeza hacia tus hermanas, hacia tu casa, hacia las palomas que vuelan asustadas.

Estos pequeños manchones blancos son palomas. Porque tú lo dices, mujer, y, bueno, de ser así, yo las veo descabezadas. ¿Y sabes cómo se llaman estos ovillos que bailan detrás del telar?, mariposas. ¿A poco no te las imaginas así, de mil colores, revoloteando listas para ser atrapadas por la red? Qué distintas son tus palabras, Elisa, de las de la ciencia, que dicen precisamente lo que dicen y ya, todo es más claro; bueno, pues tampoco las texturas o las formas se acercan, mucho que digamos, a lo que me has platicado de tu tema. Juegos de imaginación. Pero el tapiz, Elisa, es bellísimo. Me encanta, me encanta. Y las palomas pueden perder muy fácilmente la cabeza, como las de la fuente de este parque, había pensado el hombre hace unos cuantos minutos, al verlas frágiles, envejecidas, guillotinadas por el tiempo. Se lo voy a comentar a Elisa...

Cuando empezó a extender sus visitas buscando conocerla dentro de esa especie de nido de gorrión que era su taller, se llenaba con el placer de la sorpresa. Las horas allí parecen transcurrir de otra manera, y vaya que lo disfruto. Allí se olvida de lo otro, de todo lo que lo hace ser el afamado neurólogo Alfonso Vigil. Me olvido y gozo. Y sí, es como nido. Sus paredes están tapizadas con madejas de seda, algodón, lana, henequén, incluso plumas de aves o agujas de casuarina o cualquier cosa que pueda incorporarse al tejido, Alfonso. Ahí aguardan el tiempo necesario para tramarse, pero mientras, la riqueza de su colorido, de su aspecto le da a la habitación un semblante insólito. Y, del otro lado, la gran ventana los incorpora a la línea montañosa del paisaje o a las luces casi infinitas de la ciudad. Ahí, el mundo cambia las fronteras conocidas en las que transcurre el resto de sus horas.

El inicio de su trato estuvo lleno de descubrimientos. No más, ni tampoco menos, que la intensidad de los momentos en que uno y otro, los unos y otros del mundo, lo han intentado a lo largo de los siglos. La dulcificación de las sílabas que componen el nombre propio, que de pronto, parece nacer impronunciado. La simple historia personal que cobra visos de película para los dos que pretenden conocerse. De los tropiezos, siempre ha dado cuenta el transcurrir inmisericorde del tiempo.

La edad de Elisa, como es lógico, pareció ofrecerle la magia del rejuvenecimiento a él, padre de dos hijos cercanos en años a los de ella. El cuerpo firme, ansioso, receptivo a las pausas ardientes de su tacto, al placer del encuentro. Claro que iremos, niña, y no, no estoy cansado. Pero tienes que tenerme paciencia, siempre he sido muy torpe para bailar, ¿crees que todavía pueda aprender?

Hacen una bella pareja, le habían dicho a él sus amigos. Y así es, en realidad, porque Alfonso Vigil es un hombre bien parecido, de abundante y lacia cabellera gris en un rostro de piel aún fresca, de ojos muy negros donde brilla un rasgo de humor, que lo hace burlarse un poco de las maneras de la joven. Porque ella puede llegar a grados de exaltación que al principio lo conmovieron y que, ahora, debe reconocerlo, pueden irritarlo.

Lo había pensado mucho, pero finalmente se decidió a llevar a Elisa a la cena de Luis Carrasco. Muy bien pudo haber ido solo. Iban a ser unas cuantas parejas, las mismas, o casi, que frecuentara durante años con Elba. No le dijo nada de su reticencia. Hasta la olvidó al verla, radiante, subirse al coche. En el trayecto se convenció de que sus dudas eran exageradas.

Sin embargo, el silencio incómodo que se impuso a su llegada, la forma displicente con que las señoras apenas le tendieron la mano, lo hizo volver a situarse en una realidad que había querido eludir. La conversación se reanudó sin un intersticio que le permitiera a Elisa colarse. Los comentarios parcos de la muchacha eran recibidos con helada indiferencia, para proseguir de inmediato con temas donde ella estaba excluida. ¿Te acuerdas, Alfonso, de aquella tarde en que nos quedamos atrapados por la inundación y seguía lloviendo y el nivel subía y tú y Elba decidieron abandonar con todo y críos el coche? ¿Sigues comprando tu eterno abono para la ópera, Alfonso? Desde que te conocí, me sorprendió tu constancia. Siempre le he dicho a Bernardo: ojalá que Vigil no tenga un caso urgente, porque ningún enfermo puede competir con "Tosca". Pero parece que ellos lo saben y mejor se ponen graves en otros momentos.

Después de un rato, Elisa comentó de su placer por la música de jazz y que Alfonso la llevaba con frecuencia a escucharla; pero nunca hemos ido a la ópera. No me habías dicho que te gustara, Alfonso. A mi abuelita también le fascinaba, yo la oí tararear, bastante mal por cierto, "Che gelida manina, se la lasci riscaldar", creo, y eso que no era tenor.

Y la joven principió a hablar de una cosa y de la otra con desparpajo. Los hombres poco a poco le fueron prestando atención por sobre las otras conversaciones ya tan repetidas. Eres antropóloga, ¿verdad? Sí, eso estudié, pero ahora me dedico a hacer tapiz. Pues déjanos verlos algún día. Desde luego, cuando quieran, pónganse de acuerdo con Alfonso, los invito a una sesión con algo de jazz como música de fondo. Bueno, tal vez hasta tenga un disco de la Callas. Está bien Thelonius Monk, dijo Luis Carrasco. Elisa había pasado la prueba, mal que le pesara a quien le pesara.

El doctor Vigil brindó por las viejas amistades. Y el alcohol fue cubriendo huecos desagradables. También la charla de la joven se abrió camino, al menos con algunos de los asistentes. Después quiso imponerse de nuevo el tono inquisitorial, la voz dogmática de la experiencia. ¿Y tienes hijos? ¿Hijos? No, ni se me ha ocurrido. Son otros tiempos, señora; pero me imagino que usted debe tener varios, ¿no? Mi mamá tuvo cinco.

No te mediste, Elisa. ¿No?, ¿y qué me dices de ellas? Con la sonrisa aún en los labios, estiró las cobijas y se quedó dormida. Alfonso Vigil permaneció un buen rato con los ojos bien abiertos.

Quizá partieron ambos, cada uno en su tiempo, de búsquedas similares. Una curiosidad grande por indagar en los vericuetos del ser humano, el anhelo de saber, de entender qué es lo que bulle detrás de las apariencias. Qué se esconde debajo de la piel. Cuáles son los caminos que conducen a eso, eso que sólo se presiente. Las interrogantes sin solución que nos inquietan. Ella examinó la conducta, las acciones de los hombres, los deseos que constituyen la inercia oculta en sus entretelas. Él buscó en el cuerpo del hombre, en el mecanismo extraordinario que le ha permitido subsistir en su ya larga temporada en la Tierra.

Acabaron intercambiando las llaves de sus casas, después de que él quedara prendido del timbre muchas veces. Porque con las hebras entre los dedos y la música atando los oídos, Elisa se ausenta del mundo mientras teje otro. Y él llega y puede permanecer un largo rato en la contemplación del ir y venir de la canilla que trama los hilos, ajena, Elisa, a algo más que no sea la milagrosa aparición de las manchas de colores.

En momentos de esos, el hombre desea permanecer sin ruido que lo delate, al margen de ella, observando la floración de ese génesis. Hasta que, súbitamente, ella se da la vuelta y corre a besarlo. Estaba pensando en ti. Claro, sabías que iba a venir. Pero llegaste antes de tiempo, ¿no? Mira, Alfonso, ¿ves este hilo de henequén?, ése eres tú que atraviesas el paisaje. ¿El paisaje griego? Pues claro, así lo imagino, tú estás ahí adentro, Alfonso, porque estás en mí. ¿Sabes?, hay una especie de magia en los tapices, si observas el tejido con cuidado, puedes leer muchas cosas en él. Porque estas hebras se extienden por el mundo. Todo acaba por estar relacionado, Alfonso, los hilos forman parte de una urdimbre mucho más amplia. Es bonita la idea, ¿no? El azar, el milagro de gestar y ver el alumbramiento. Él recordó la primera vez en que,

de estudiante, asistiera a un parto. Sí, es maravilloso ver nacer, aunque tanta sangre primero te sacude.

Ahora no es la madre expulsando al hijo en medio de borbotones de sangre, ahora es esa sangre, la del hijo, la que corre desbocada, no en el principio, sino en el final de la vida. De mi vida. La certeza del tiempo que dobla la hoja. La incertidumbre. La energía que abandona al cuerpo, el tiempo que ahora transcurre para él de otra manera. El principio de incertidumbe... Analizar la energía, y así, dejar de conocer el tiempo. Mi tiempo. Y, pese al dolor, sin lograr percibirse bien del todo, va cayendo en la sensación del tiempo que se apresta a abandonarlo. Ya no puede ser registrado por un calendario, ni siquiera por un reloj. El tiempo corre su carrera de siempre; pero el otro, el de la conciencia que el hombre está a punto de perder, ése se expande sin restricciones, mientras la energía huye, impía, de la materia, que va a plegarse a las leyes que la forjan. Con el solo hecho de observarlas, las condiciones se modifican. Y todo sólo es una vibración constante.

En medio del zumbido que le crece dentro de la cabeza, escucha unas voces lejanas. Ignora qué tanto, porque las formas, los sonidos, el mundo entero, se le han vuelto distantes, como las estrellas que las luces de la ciudad ocultan. Entonces, el hombre hace acopio de fuerzas para gritar. Lo invade un minúsculo sentimiento de esperanza, que le ofrece alterar los designios. Acaso aún haya tiempo... Y es tan larga la espera y tan grande la fuerza del deseo... Después del grito sobreviene, intempestivo, el silencio, y después alcanzan a perfilarse la sorpresa, el miedo y la retirada presurosa de la gente del sitio de peligro. Solo. De nuevo solo con mi muerte.

Siente frío, mucho frío, en ese cuerpo ya tan debilitado. Anemia aguda. No le es fácil en su profesión emitir el diagnóstico. Vigilar la renuencia del cuer-

po impedido de mantener su fuerza vital y renovarla. La rabia de la derrota. Ahora él mismo, con una lucidez que no va a acompañarlo mucho rato, es quien debe aceptar el conocimiento de su práctica médica, sin paliativos que lo suavicen. Y sin embargo, nunca se ha visto más dueño de sus pensamientos. La agudeza, la rapidez de un rayo láser lo recorren e iluminan.

¿Quién irá a tomar mi puesto en el hospital?, ¿en la vida de Elisa? Dos piedras lanzadas al estanque, o a la fuente del parque; sus ondas se sobreponen y duplican, o se anulan aunque se desconozcan. Dos trayectorias que van, al fin, a juntarse en la superficie del agua. Carlos Antúnez. Sí, será seguramente Carlos Antúnez el director de Neurología. Esta noche acaba de ganar la batalla de tantos años.

Juntos ingresaron al hospital, juntos fueron subiendo los escalones del conocimiento. Y la guerra sorda por el poder desde hace unos minutos ha quedado decidida. Porque no es fácil, tal vez no sea posible encaminar la vida en una única dirección. Los sueños de juventud se corrompen siempre. Hay un ansia sin freno que impulsa las acciones. La búsqueda, a toda costa, de calidad en el trabajo, sí, pero, también, la de dominio, aunque no se acepte así tan descarada, tan descarnadamente.

El rostro sanguíneo de Carlos, su risa estruendosa había hecho siempre contraste con las maneras reposadas, melancólicas de Alfonso. Desde estudiantes se suscitaban comentarios de extrañeza, porque mientras uno gustaba tanto de las fiestas y bailaba sin recato, el otro permanecía sentado observando, observando hasta, de pronto, localizar alguna muchacha que aceptara conversar más que bailar. Pero ninguno de los dos ha tenido problemas graves para relacionarse ni con asuntos de mujeres ni con los de la profesión. Es sólo que los caminos se entrecruzan, se

adelgazan... Y el ansia del triunfo acabó por imponerse. Al menos en la profesión.

En los vericuetos más profundos se agita la turbiedad de las pasiones. Eso que es muy difícil admitir, porque siempre se ofrece uno explicaciones que apacigüen los malestares de la conciencia. Siempre hay una justificación para actitudes no muy claras. La vida se vive en un perenne estado de sitio. Y el triunfo de la supervivencia no se ciñe sólo a preservar la vida.

Carlos Antúnez ha peleado tanto como ha peleado Alfonso Vigil. El fiel de la balanza se ha inclinado hacia un extremo o el otro. Y acaso como con las velas del navío que se hinchan para el viaje, hay que colocarse en la posición correcta. Hay que conocer la conducta de los vientos. Hay que luchar.

Y ambos, cara a cara, se manifiestan respeto. Porque ambos respetan sus logros mutuos. Es sólo que no es fácil ceder al enemigo los bastiones, que se dan por sentado como propios. El hospital es el reflejo del mundo, Alfonso, le había dicho algún colega; y cuídate de Antúnez que está moviéndote las aguas. Pero también él las agitó en dirección contraria. La brega por el poder se instala en el desempeño cotidiano. Se hacen bandos, que después son nutridos con los más débiles o los más jóvenes. Hasta que esos mismos jóvenes, a su vez, acabarán desenvainando la espada para desalojar a los viejos que se niegan a entregar el bastón de mando.

Acaso desprenderse del poder sea tan doloroso como desprenderse de la vida. Se lucha aun sin esperanzas. Sus dedos intentan, todavía, comprimir la arteria. Cada vez con menos fuerza, es cierto. Tampoco la sangre corre, ahora, con el mismo vigor.

Aquella mañana en que ya no hizo el intento por sentarse con él en la cafetería del hospital, se dio cuenta de que había dejado de ser amigo de Carlos Antúnez. Hasta entonces surgía un instante de inco-

modidad en que, sin percatarse del todo, sin aceptarlo, esperaba no encontrar sitio libre en la mesa. Pero de haber, Alfonso Vigil lo iba a ocupar. Y Carlos Antúnez, en el caso contrario, también hacía lo mismo. Quizá primero, un silencio breve, incómodo, para retomar entre todos el hilo de la conversación. Pero cada vez el esfuerzo era más grande, hasta el día en que, pese al espacio, buscó acomodo en otra mesa. Y se sintió bien. Y aceptó que aquello que los separaba era mucho más de lo que antes los uniera.

El proceso fue lento, doloroso como es cualquier proceso terminal, con sus alivios momentáneos y sus recaídas cada vez más graves. Los tejidos enfermos se van contagiando más. Ambos eran recorridos por algo así como humores envenenados cuyo control se había perdido. En ocasiones, aunque cada vez menos, Alfonso Vigil recordaba sus tiempos de estudiante, con la presencia constante y solidaria del amigo. Sus sueños, sus metas, sus logros iniciales. Incluso sus respectivos noviazgos, los primeros años de sus matrimonios. Pero las cosas cambian... ¿Dónde separaron el camino? ¿Cuándo se inició el deterioro? ¿Qué tan grande es la soberbia del uno, del otro? Después, cuando el trágico accidente automovilístico de Carlitos, desde luego que fue al velorio. Pero fue junto con otros médicos, como el colega, ya no como el amigo cercano. Se dieron un abrazo, y, entonces, el dolor de Antúnez fue también el de Vigil. Y, luego en casa, abrazó a Esteban con fuerza recordando los años de antes, la cercanía, el afecto grande para con esa otra familia. Pero las cosas no volvieron a los tiempos viejos. Él y Elba se divorciaron poco después, y tampoco la amistad pudo ser retomada. Alfonso Vigil trabajó con más ahínco, si se puede, para reprimir las posibilidades de la reflexión. Prefería no ejercer sus dotes de clínico en sus sentimientos. En eso ha sido siempre muy cobarde.

Echado sobre el césped, siente cómo de pronto despiertan las hormigas. Ejércitos de hormigas salen, anacrónicos, de sus hoyos para enfilarse y trepar por sus piernas, sus brazos, sus dedos. Siente los piquetes más punzantes que aquella vez que, de niño, sin darse cuenta del peligro, se sentara muy cerca del cráter de un diminuto volcán, donde fue atacado. Sus gritos hicieron correr a su madre junto a él. Entonces ella le sacudió los insectos y le quitó la ropa. Pero aquí debe haber mucho más hormigas, no las puedo ver, pero las siento, siento sus piquetes, su virulencia. ¡Qué raro que salgan a cazar de noche!

Voy a morirme y el mundo...

Y los patos duermen y la mujer tira el agua de sus cántaros, y los árboles cuidan el reposo de los gorriones en sus nidos y esperan, por todas partes, las bancas de troncos falsos, sin dueño. Y la gente ríe detrás de esas ventanas, y se abraza y se estremece y se convulsiona y grita y se calla y bosteza mientras yo me muero. Sólo las hormigas caminan esta noche. El hombre sacude una pierna, un brazo, pero sigue agobiado por los piquetes.

Él mismo le propuso a Carlos Antúnez que entraran juntos al hospital. Eran tan jóvenes entonces... Y ambos fueron admitidos, porque ambos lo merecían. El espacio parecía amplio, y las posibilidades estaban, si no al alcance de la mano, sí al final de la dedicación y de la entrega. Y cada uno se fue internando por los espejismos de la profesión. Y cada uno, al cabo del tiempo, descubrió que los caminos se estrechan, que su espesor sólo acepta el paso de uno, nunca de dos. Y cada uno quiso proseguir la marcha sin obstáculos. Alfonso Vigil olvidó que fueron amigos, como también lo olvidó Carlos Antúnez. El proyecto de Antúnez era bueno, y yo voté en su contra. Pero desde mañana...

Mañana...

Me he dedicado todos estos años a investigar, sus energías de estudioso de la ciencia se dirigieron tras el mito de la excelencia. Pero acaso la excelencia esté reñida con las emociones. Se adquiere distancia, la distancia helada que aleja del trato más, ¿más humano? Los pacientes acaban por perder su nombre, por convertirse en casos clínicos, en augurios del éxito profesional. Y adquieren, de forma inevitable, el nombre del mal que los aqueja. La victoria corresponde más a la solución del enigma que a resolver los asuntos de la vida privada del enfermo. Son mera circunstancia en un diagnóstico brillante. Así ha sido, así es en todas las ramas de la trayectoria humana.

Y uno deja de tener amigos cercanos, y se añora y se acostumbra uno a la soledad. Elba no supo entenderlo. ¿Y Elisa? Ya no lo sabré. Las mujeres acaban exigiendo mucho más de lo razonable. En los años de juventud todo suena empíricamente posible. Sin embargo, los sentimientos se transforman y uno se cansa de estar con la cuerda siempre tensa. Y la cuerda se rompe. Ellas parecen no comprenderlo, pero la cabeza acaba rigiendo al corazón.

La hebra de henequén terminó fracturada. ¡Mira, Alfonso, se rompió tu hilo!, ¿es que estás pensando abandonarme? Él se había reído entonces... No, niña, no lo he pensado. ¿Y tú?, ¿vas a abandonarme tú? El hormigueo en sus miembros se hace cada vez más fuerte hasta entumecérselos. ¡Malditas hormigas! Todas las hormigas del mundo han salido esta noche. La plaga va a apoderarse del mundo. Y yo aquí tirado sin poder escapar... Los insectos acabarán con nosotros. ¡Mamá, mamá, ven pronto! ¡Ayúdame!

El sol lanza sus rayos de oro sobre la campiña mientras las ruedas se deslizan por la vereda pedregosa que irá acortando la distancia a las orillas del mar.

Ese mar tan azul como los cielos o del color del vino que se agita en las ánforas al fondo de uno de los carros. Porque tu madre se ha empeñado en transportarlo desde Argos. Que sea el vino de tu casa el que purifique tu cuerpo de doncella, como lo purificará el verdor nutriente del aceite y la clara transparencia de las aguas. Además, aceite y vino, ambos, van a ser utilizados, también, en la celebración de las fiestas. Clitemnestra ha cuidado cada uno de los menesteres de tus bodas.

Tus ojos, Ifigenia, brillan con el fuego de las anticipaciones. Y por tu rostro escurren gotas tibias de sudor. Tu cabeza permanece casi oculta por la paja, dorada como el mismo sol que te forzó a usarla. El ala del sombrero sujeta el vuelo de tus cabellos que así no se confunden con las hebras del divino astro. Tu cuerpo se agita con el movimiento que te aleja y acerca a la fortaleza de tu madre, al tierno Orestes, fatigado ya por el viaje.

El calor de ambos te traspasa la carne y tú quieres impregnarte de él, quieres que se incorpore al correr de tu sangre y que permanezca en ella para siempre. Porque, pese a la dicha futura de tus esponsales, sabes que las puertas del himeneo cerrarán las de la proximidad con tu familia. Ésa es una nube pequeña en tus pensamientos. Tan pequeña como las que ahora pastan en las alturas, alado ejército de corderos.

Frente a ti, muy cerca, se alza un grupo de naranjos, florecidos unos, con bolas de oro pendientes de sus ramas, otros. Y el día entero parece estar así teñido, el oro refulge en todas partes. Bajo la sombra de los árboles, harán un alto en el camino. Buscarán la madurez de los frutos que mitigue la sed. Su perfume aroma los aires, y larga te parece la marcha, Ifigenia, porque tu boca reseca ansía la dulzura del zumo.

modos bruscos de alguna maestra. Alfonso hubiera querido abrirle los caminos, pero los caminos...

No le pareció extraño que, después, ella optara por una carrera de números, así como que prefiriera reuniones pequeñas al alboroto de las fiestas. Entre padre e hija creció una complicidad de silencio compartido. Cuando, al cabo del tiempo, se decidiera a presentarles a Elisa a sus hijos, Ana la recibió mucho mejor que Esteban. Me gustaría saber qué piensa en realidad, le dijo a Luis Carrasco, su socio. Pero ella jamás ha demostrado otra cosa que su aceptación cariñosa. Y Alfonso Vigil prefiere no escarbar, como tampoco lo ha hecho en sus propios reparos a los muchachos que la cortejan. Que acaso nunca estén a la altura de los merecimientos de su hija. Tampoco es que los pretendientes sean tantos. Es mejor no escarbar.

En el cielo opaco de la noche se asoma una fracción de luna que el hombre ya no advierte. Antes, hace unos minutos, intentó buscarla entre el emparrillado de la pérgola, arriba de las bugambilias. Qué envejecido se ve todo esto, había pensado, eran otros los gustos de esas épocas. Si hasta parece decoración de película vieja. Necesita violines y luna llena, había pensado.

Pero ahora, ya no tiene fuerzas para observar la gigantesca uña que rasca entre las nubes. En realidad, ya no tiene fuerzas y no sólo para eso. Sus propias uñas palidecen con una palidez que se extiende a las puntas de los dedos.

Se acomoda en la mancha de sangre que lo ha ido rodeando como rodea, tibio, el brazo a algún par de hombros. Tibia humedad del lecho que lo confronta, o ya ni eso, con el frío cada vez mayor de su piel. Quizá el dolor es tan grande, tan total, que ya no logra discernirlo como ajeno. Ha olvidado el comportamiento de su cuerpo anterior al instante del asalto. Ha olvidado la agudeza de su campo visual, de su capacidad auditiva. Está muy fatigado. Los dedos ya no ejercen presión sobre la herida. Sin embargo, ahí quedan en la inercia de un acto que se prolonga. Sólo el corazón marcha agitado, agitadísimo. Si no sintiera tal cansancio, con sólo colocar la mano al pecho, lograría palpar ese galope desbocado. *Caminan lentos los bueyes que llevan a la joven. Muy lejos retumba el peso de las patas sobre las piedras del camino. Es tan sonoro, que todo se estremece a su paso. La urgencia del hombre es grande. Está alerta a las señales que van a indicarle la llegada. Ahora reposa unos instantes bajo la copa de un fresno. Cree adivinar el ruido de las pezuñas cuando coloca las sienes contra el suelo. Una larga fila de hormigas se aproxima.*

Hemos perdido la costumbre de atravesar el parque de noche, había pensado Alfonso Vigil cuando decidió calmar, en la caminata, su enojo con Elisa, y yo que lo hice tantas veces, de niño, con Rodrigo y mis padres. A nadie, entonces, le parecía raro. Y mi papá iba siempre silbando la misma tonada. Y nosotros correteando detrás. La ciudad era segura. Las cosas han cambiado mucho, pero tampoco se puede uno instalar en delirios de persecución. Además, no tiene por qué pasarme nada. Un poco de cuidado y ya...

Las sombras del parque le despertaron momentos gratos que tenía perfectamente olvidados. Y decidió, hace alrededor de doce minutos, reconocerlo para reconocerse.

Todo cambia, pero no para que todo permanezca igual. Es sólo que las costumbres se imponen un poco de soslayo. La memoria es tan frágil que no se repara bien en ello. Como con las modas en la manera de vestir, como cuando Cristo, según palabras de su madre, claro que no dichas así, era el único muchacho de buenas costumbres, al que se le aceptaba el pelo largo y las barbas. ¿Te acuerdas, Alfonso?

Como los hábitos cotidianos, como las palomas descabezadas de la fuente o los tristes penachos de las palmeras. Se olvida como si siempre se hubiera vivido de la misma forma, como si la misma muerte fuera a llegar con la misma sorpresa previsible.

La vida ha extendido sus límites, porque la ciencia le promete un lapso más largo. Y el mundo se poblará de viejos. Y de niños. ¿Pero, entonces, qué debe hacer la investigación médica que ha llenado al mundo de gente miserable? ¿Y la economía? ¡Dios!, ¡qué lejos está aquí de mí la ciencia! ¿Y luego?, la religión tan, pero tan ciega... Pero la fe mueve montañas, Alfonso... Y mata de hambre, ¿o no? Bueno, Alfonso, pues claro que se le agradecen a la ciencia sus adelantos. Es mucho más cómodo prender la luz que ser una de las once mil vírgenes vigilando el aceite de las lámparas. Aunque creo que el problema está, más bien, en encontrarlas, ¿verdad? ¿Te refieres a las lámparas? Y es mejor no morir de cólico miserere, si te pueden operar de apendicitis. Pero Rodrigo... Cohibir la hemorragia, oxígeno, transfundir, suero... Alguien llegará pronto, y...

Además, a todos nos consta tu entrega; yo te he visto muchas veces tan preocupado por tus pacientes, que ni comes ni duermes. Eso por supuesto que no lo niego, no lo negamos, al contrario, yo te admiro y mucho. Pero dime, ¿quién será más intolerante el cura o el científico? ¡Hombre!, no es lo mismo... el científico necesita de rigor, de seriedad, de la demostración de los experimentos, y no sólo de palabras que se lleva el viento; tienen que rendirse, ustedes, a esa evidencia. Pues igual de limitadoras ciencia y religión, porque la voz del dogma también quiere rigor, y hacerse de un espacio para ser creída; y tampoco me digas que es más fácil aceptar la presencia de una estrella que sólo aparece en cálculos sobre papel; además, es peligroso sentirse el ombligo del mundo, ¿no crees? Pues el pago de la ciencia es algo

más que cegar o segar la razón, yo, al menos, no tengo muchas dudas al respecto. Nosotros tampoco. Espero que se les abran los ojos. ¿A quiénes?

Con los ojos cerrados, el cuerpo del hombre se estremece.

¿Dónde se escondieron los tiempos más benignos? O acaso no los hubo nunca, es sólo que los otros antes permanecían ocultos en la maleza de todos los días sin atreverse a cruzar la valla. Ahí detrás, agazapados, hasta que su número creció de tal forma, que ya fue imposible no verlos. No sufrirlos. El parque, la ciudad, el mundo se han convertido en cubil de lobos. Y los lobos tienen hambre. Y las ovejas, también.

Tal vez, en el fondo, el hombre, desde que es hombre, no ha cambiado. Cambia cierta manera de abordar las cosas, cambian las palabras, los conceptos que pretenden orientar la mirada que se encamina, no tiene remedio, en la misma dirección. (Las reflexiones de Alfonso Vigil, al llegar al parque, pecaron de ingenuas.)

En tiempos de vacas gordas surge la ilusión de una cierta bondad que va a ir apoderándose del mundo. Podemos ser generosos, hasta pródigos, cuando no nos sentimos amenazados. Pero llegan, indefectiblemente, las vacas flacas. Y olvidamos... Y los lobos aúllan hambrientos, husmeando el olor de las carnes magras, insuficientes. La violencia se enseñorea de nuevo. No hay sitio seguro donde ocultarse para proteger los bienes y la vida. Pero no hay bienes para todos y la vida se multiplica tan sencillamente en la carne que así cumple su ansia ínfima de trascender. Y de esa misma forma fácil, puede ser aniquilada en un instante. Un espasmo de gozo, un espasmo de agonía. No más.

Y luego, las palabras se corrompen con triste rapidez, con una rapidez mayor a la podredumbre que sobreviene con la muerte. Se llenan de un veneno que no es percibido a primera vista. Muchas ve-

ces hacen falta refinadas pruebas de laboratorio que alerten de su presencia, porque se disimula detrás de motivos no muy transparentes. Acaso sea que la misma transparencia es un ideal inalcanzable.

¿Qué se mueve en el agua al agitarse? ¿Qué? Las vibraciones fulgurantes de luz se ofrecen siempre en la distancia. El aire se puebla de brillos un poco más, más adelante, nunca en el espacio que ocupamos. Danza de ondas, de partículas, verdad inalterada del cosmos. Nada cambia, y se está siempre al acecho, unas veces como lobo, como oveja otras. *El hombre deja caer la vista por el rebaño que pasta ahí cerca. Un joven, casi niño, lo trasquila afanoso, y los puñados de lana caen, ellos también, en un gran cesto. Sólo el tenue rumor de las hojas...*

De la herida de Alfonso Vigil la sangre aún no ha terminado de brotar. Mientras, escondidos en ese cauce, sus pensamientos corren por el tiempo. Pero el tiempo es el agua que se derrama de los cántaros en la fuente, el crecer infatigable de la hierba, el piar de las aves en los nidos, el rumor de las hojas, el reposo de los caracoles en su claustro. El tiempo es el correr de la sangre.

Mi sangre...

Cómo deseas, Ifigenia, que las horas vuelen, porque eterno te parece el trayecto. El camino se sombrea, ahora flanqueado por una larga hilera de cipreses. Altos, erguidos como guerreros que aguardaran una orden. Iguales al valeroso ejército de mirmidones de tu amado Aquileo, dispuestos siempre a ofrendar su vida al movimiento más leve de la mano de aquel cuyas proezas llenan todas las bocas de alabanza. ¡Qué afortunada eres, tú, hija de Agamemnón, a quien su padre le ha procurado tal destino!

Y si los cipreses son imagen de ese ejército, las delicadas amapolas, sacudidas por el viento llenan tu vista con sus frescos colores. Te recuerdan tu condición frágil de mujer. Miras gozosa, Ifigenia, el contraste perfecto entre la postura inhiesta de los árboles y, más lejos, el dulce quebranto de los pétalos que se mecen en la campiña.

Después, al dar la vuelta a un recodo, te recibe el espectáculo de un gran mar que se agita suavemente. Un mar de un verde tan tierno, tan hermoso que emociona tu alma, y tomas la mano de tu madre entre las tuyas para llevártela a los labios.

Pero no se trata del mar hacia el que tiende tu corazón alborozado. Son ondas de trigo que se agitan a la menor señal de los aires. Y tú, Ifigenia, imaginas en ese apacible oleaje, al otro que, no como éste, puede ser habitado por la furia, y arrollar a quien se atreva a enfrentarlo. O lamer dócil, como corderillo, los pies fatigados que buscan refrescarse a su contacto.

Quieres conservar cada una de las sensaciones del camino. Quieres que alguien tome la lira y ponga música a tu dicha. Pero una doncella debe guardar en silencio sus amores. No es bueno que las palabras digan más de lo que ya dice tu rostro arrebatado, el ardor intenso de tus ojos.

Brilla sudoroso el pelambre de las bestias bajo los rayos del sol. Hay un crujir de cántaros sacudidos con la marcha. Y, luego, la voz de tu madre que pide hacer un alto al borde del riachuelo, cuya vista es invitación a detenerse. Obediente a las órdenes de los conductores, el paso disminuye hasta morir bajo la sombra de los sauces que bordean el transcurrir impasible de las aguas.

Un grupo de mujeres lava, en los bordes, sus ropas golpeándolas contra las piedras, para extenderlas después sobre la hierba. La irrupción de la comitiva acalla la algarabía de las voces, el ruido de

los lienzos azotados contra la superficie lisa, desbastada por el río. Sólo el murmullo de cristal del agua.

Poco a poco, a medida que caminas, tus piernas despiertan y recobran su vigor. El cansancio se desvanece, y tú, Ifigenia, te sientes bien, dueña de nuevo del ritmo de tus movimientos. Libre de la estrechez y la postura. Corrres. Y tu sangre se aviva en tus miembros jóvenes.

Así, te internas en la espesura de un juncal, cuyas varas murmuran a tu paso. Como si se tratara del suave sonido de un cortinaje del palacio de Micenas. E igual que tantas veces te ocultaste tras él, ahora aquí también lo haces. El llamado del arroyo es tan persuasivo, que decides despojarte del peplo y echarte en sus líquidos brazos.

A su contacto, tu piel tiembla unos instantes sorprendida. Es sólo durante una fracción diminuta de tiempo. Porque muy pronto, aliviada, recobras la grata placidez en la frescura que te acoje. De cara al cielo, extiendes piernas y brazos con enorme placer. Otro lirio de pétalos abiertos que muestra su cáliz sobre la superficie lábil del espejo. Y es tan grande tu dicha que, por primera vez, quisieras permanecer aquí para siempre. Una eres con el agua, Ifigenia, con el tímido aire que se anida en tus cabellos.

Tu cuerpo crece en cada poro, en cada una de las delicadas pelusas que, ahora, son su único ropaje. Y todos tus pensamientos parecieran estar cubiertos por ese bienestar, incapaces para asomarse al otro extremo del cerco gozoso que te encierra. No puedes pensar, ni tampoco lo deseas. Qué lejanos te parecen tu pasado, tu porvenir. La plenitud de este presente te transforma en un elemento más del paisaje. Piedra eres, y árbol y junco y ligera espuma que al momento de brotar se deshace en el tranquilo cauce del arroyo.

Ignoras cuánto llevas en este sombreado refugio apropiándote de ti. Porque eso es precisamente lo

que haces, recuperar tus centros. Y, de pronto, como se extiende la parra en los caminos, tus sensaciones se multiplican y florecen.

Después, mucho mucho después, entre delicados aromas vegetales, escuchas el trinar de las pájaros y las voces de las mujeres, de nuevo afanadas con su carga de paños, ciertas de que agua y sol rescatarán su pureza.

De pronto, un canto infinitamente más dulce llega a tus oídos. Más allá, oculto como tú por los juncos, crees advertir el retozo de unas náyades, y sus bellas melodías acarician tu alma que recuerda.

Muy lejos, con la lejanía en que se han instalado los sonidos, detrás del rumor, que como batallón de grillos, revolotea por su cabeza, el hombre cree escuchar una sirena. Vienen por mí, piensa, vienen a salvarme. Ya no es capaz de reflexionar en lo, quizá, poco razonable del asunto. ¡Vienen a salvarme! Y sus dedos hacen un débil esfuerzo para sellar el orificio por donde huye su tiempo. Alguien llamó a la ambulancia. Sí, claro, la gente que acaba de irse. ¡Estoy salvado!

Y surgen de golpe aquellos lejanos días de su práctica hospitalaria. La premura para no desperdiciar instantes que marcarían el destino de quienes llegaban a él en la sala de urgencias. Enfermeras y residentes corriendo, como si en ello se fuera la vida. Y sí, era la vida la que se iba, aunque no la propia. La adrenalina como factor de la suerte.

Recuerda la mañana en que vio el gesto duro, que pretendía borrar la ansiedad, del padre del joven policía con el vientre perforado por una descarga. Tiene mi edad. Pero el hijo iba a morirse de un momento a otro, primero que el padre, como Rodrigo, sin siquiera el pudor de las cortinas que olvidaron cerrar ante el apremio. Ante el ir y venir de gente y

aparatos. Y los rostros horrorizados de los otros enfermos. Ahí, también, borbotones de sangre...

Y, luego, el diagnóstico superficial, erróneo a la infeliz anciana con la vértebra rota. No había tiempo para ella. Tiempo. Todo es siempre una cuestión de tiempo, y la mujer llegó en mal momento, y nadie tuvo calma para revisarla con cuidado. Los viejos se quejan de tantísimos dolores. El cuerpo se les deshace, no hay nada qué hacer...

¿Cuándo se rompe el puente que une la pena del enfermo con la entrega solícita del médico? ¿Cuándo se van desgastando esos cimientos? ¿Cuándo se adquiere la distancia para no comprometerse en cada caso? ¿Cuándo deja de pesar el corazón? Si fue precisamente la muerte de Rodrigo lo que lo llevó a escoger esa carrera...

El proceso es tan lento, tan silencioso, que no se advierte. Y después, ya no es posible recuperar los sueños, porque al abrir los ojos, sólo queda un recuerdo vago que ha perdido sus claridades y su lógica.

Pero a mí vienen a salvarme...

Después, el rostro sin luz de su madre. La espera con el rosario entre los dedos. La rabia de Alfonso Vigil ante la súplica no atendida por los cielos, lo decidió a buscar respuesta en las capacidades humanas, porque los cielos están enfermos de sordera. Sordera como la que ahora, aquí en el parque, siente. El mundo se va alejando. El mundo ruge allá, y ya no importa. Sólo el ulular de la sirena que viene por mí. Gemidos que me salen de la garganta sin permiso.

¡Dios!

Hubo un tiempo en que creyó que todo estaba dentro de la mente de Dios, a pesar de su sordera. Tal vez no es que Él no oiga, somos nosotros quienes no sabemos entender sus motivos o descifrar sus claves. Esos vestigios pequeños que deben orientarnos. ¿Habrá equivocado los caminos? Porque pronto supo

que el sillón de Dios estaba vacío. Decidió descartar la mente divina para indagar en los mecanismos del cerebro humano. Pero rechazó, también, sumergirse en explicaciones interminables y supersticiosas. Las historias de los hombres suelen parecerse tanto...

No, Elisa, claro que no niego la inteligencia extraordinaria de Freud, sólo digo que si viviera hoy, habría encaminado sus investigaciones por otros rumbos. Es mucha palabrería; y si insistes, tendré que decirte que creo que inútil. Pues el infierno debe estar lleno de soberbios, Alfonso, y tú tienes un sitio más que asegurado. Pero él la abrazó con fuerza y se fueron acallando las protestas, mientras la respiración aceleraba su ritmo, y la ropa volaba por los aires para dejar que las pieles se cubrieran por el moroso recorrido de las manos, de los labios, de las lenguas, por la húmeda llama del deseo. La región consciente del cerebro se hundió en las tinieblas. ¿Sabes, Elisa?, mejor que sea la lujuria mi boleto al infierno. Así estaremos juntos.

Tal vez desde antes de la explosiva enfermedad de Rodrigo, ya Alfonso Vigil había intentado disecar las ideas. Disecarlas con la misma acuciosidad con la que se disecan los tejidos. Era la urgencia por encontrar respuesta, por adentrarse en esa trama fina que alienta nuestros pasos y que los sujeta. Y se propuso no ceder en la búsqueda. Primero fue la de Dios que todo lo sabe. El brillo de sus ojos negros se extraviaba en un punto sin localización concreta que muchas veces —por penetrante— incomodó a quienes estuvieran cerca. Parecen taladros, le han dicho.

El padre Antonio Núñez le recomendó lecturas y se iniciaron charlas exploratorias, cautas. ¿No sientes, hijo, el llamado? Dedicar su vida al servicio de Dios. Dedicar cada uno de sus actos, encaminar hacia Él los pensamientos. Amarlo como sólo Dios merece ser amado. Sí, padre, creo sentirlo. Dirigió, entonces,

eje. Medirse de otra forma, con instrumentos que alteran las perspectivas ordinarias.

¡Dios!

La violencia de los hombres en el parque, en el mundo. La violencia del órgano cardiaco que lucha para no detenerse, como si se hubiera vuelto loco y no comprendiera que los dados ya fueron lanzados por los aires, y que en su caída agotarán su marcha. Ahora el impulso anula un instante, que puede volverse eterno en una fotografía, la exacta, exactísima ley de gravedad. El hombre siente la inquietud que se apropia de guerreros y cabalgaduras unos momentos antes de la batalla. El miedo se agazapa para abrirle paso a la furia que hermana a hombres con dioses y con fieras, y la furia, entonces, cobra dimensiones mayores al cuerpo donde se aloja, para enseñorearse, luego, en los campos de batalla. Pero antes sobreviene siempre un momento en que todo parece volver a la calma. *El hombre, con las fibras de su cuerpo así de tensas, con el corazón desbocado, espera, oculto entre los riscos, la aparición de la joven.*

La respiración de Alfonso Vigil es dificultosa, descansaré, descansaré un rato. Del otro lado del parque las luces de las casas atraviesan débilmente las cortinas. Y poco a poco el silencio va apoderándose de sus oídos. Qué fuerza la del silencio. El lejano e imponente silencio de aquella marcha tumultuaria. Nunca olvidaré la tarde donde sólo se escuchaba el ruido de las pisadas sobre el pavimento. La circulación galopante de las piernas duras como este tronco, y la fe, Dios, la fe.

Sin embargo, no asistió después al horror que coronara ese tiempo. No pudo, ¿no quise? No continué en la lucha porque... ¿Porque qué? Pero entonces creía, a pesar de que las cosas de cerca se perciben de otra manera. Tal vez como con la religión, se descubren huecos, zonas opacas, y yo... Carlos Antúnez sí

siguió hasta ese final, me sentí como uno de esos animales que empujan a una trampa, Alfonso, vi soldados en las azoteas, y nosotros atrapados en una cacería donde llevas todas las de perder. El accionar de las armas que tiran a matar. Esta noche, en el parque, me tiraron a matar a mí...

Quizá fue ésa la primera incomodidad entre ellos. Sentirme cobarde y verlo a la cara con vergüenza. Después, cuando se reanudaron las clases, Alfonso Vigil se dedicó de lleno a sus estudios, acaso para no pensar. También lo hizo el amigo y acaso también para no pensar. Y la violencia siguió creciendo en las entrañas de la gente, como un tumor que no se manifiesta de forma clara, hasta que un buen día el cuerpo se dobla, inesperadamente, por el dolor. Antúnez y Vigil lograron el éxito en sus campos y por razones profesionales, no ideológicas, se distanciaron. El proceso fue lento, aunque inexorable. Y en el olimpo de la medicina ambos han maquinado batallas no muy heroicas, mientras dejaron de interesarse por participar en otro tipo de luchas. Supusieron, entonces tal vez, que otros se encargarían, que no todos están llamados a ese combate.

Porque después de la entrega, nace un sentimiento de desilusión al ver enturbiarse la pureza de los ideales. El hombre se desnuda y muestra en su centro tomados de la mano, al germen de la corrupción y al del escepticismo ¿del cinismo? ¿Alguien se salva? ¿Alguien está por encima de esto? Alfonso Vigil ha ido endureciendo sus posturas. Su adolescente fe, romántica como suele ser la fe a esa edad, con su carga religiosa, con su certidumbre más allá de la razón, se imbricó en la única verdad que puede ser medida: la de la ciencia. El endurecimiento de las arterias de la mente. La calcificación natural en el desempeño fisiológico sirven como metáfora de la conducta. El doctor Vigil defiende su verdad, en eso se le ha ido la vida.

Ya no es capaz de modificar su aprendizaje, como no puede detenerse el envejecimiento de los tejidos, pese a la escandolosa propaganda empeñada en contradecir lo inevitable. La loción que devuelve a la piel la elasticidad generosa de la juventud.

¡Elisa!

Había hecho un esfuerzo para llegar sonriente al nido de gorrión. En realidad se encontraba exhausto, el día había acabado con sus fuerzas. Sin embargo quedaba el deseo de verla porque ella saldría de la ciudad a un viaje al que a él no le era posible acompañarla. Elisa iba a ultimar preparativos de una exposición que claro que irás conmigo, ¿verdad, Alfonso? Claro que iré y claro que también quisiera hacerlo mañana, pero no puedo.

Sus pasos cansados lo llevaron al interior deseando echarse en una silla con un vaso de whisky y la proximidad de la joven que le atenuara la fatiga. Entonces reparó en la penumbra insólita del sitio. Hubo un momento de desconcierto. Un hecho repetido en el que no se repara hasta que las circunstancias se modifican alertando la atención.

Sus ojos hubieron de acostumbrarse a la escasez de la luz y sus oídos se abrieron a la suave música de un concierto de flauta. Sin embargo seguía sin reconocer del todo aquel espacio tan sabido de memoria. De las sombras surgieron unos brazos desnudos y le fue ofrecida una copa. La otra mano lo detuvo con firme suavidad.

Bienvenido a la campiña griega. Entonces descubrió que el sitio había sido despojado de muebles y que el suelo estaba tapizado de amapolas tan rojas como el vino de la copa. Sembradas entre las flores, unas veladoras iluminaban tenuemente el cuarto. Y una mujer joven, envuelta en la blancura de un lienzo atado al hombro, con una guirnalda de flores en el pelo, le sonreía. Ven, Alfonso, ven. Y su boca rozó la suya un breve, brevísimo instante.

Su primer impulso fue de rechazo al escenario artificial para el que su edad y su fatiga no encontraban espacio. La expresión de su rostro debió haberlo traicionado. Bebe, noble guerrero, del negro vino de Micenas. Te he estado esperando con fuego en el corazón. Entre mis brazos encontrarás los placeres del reposo. Deja aquí tus armas que no necesitarás conmigo. Y el maletín le fue sustraído.

Primero, un poco a fuerzas, el hombre siguió las indicaciones. Y pronto supo que el cuerpo puede olvidarse de sus cuitas. Elisa desabotonaba la ropa, mientras su boca, fugaz, volvió a buscar la otra. También él fue envuelto por la suavidad blanca de una probable sábana. Y el dulce tañido de la flauta borró los ruidos de la calle.

La mujer tomada de su mano lo llevó a unos cojines dispuestos generosamente en una esquina. De un cesto donde se destacaba la pelusa sonrosada de unos duraznos, el color de miel de las peras, Elisa tomó un higo que detuvo apenas entre los labios y que así depositó en los suyos. Ahora dame tú a probar de tus higos y hazme gozar de tu flauta.

Detrás de sus ojos cerrados, los pensamientos se destejen lentamente en el tiempo de la conciencia que pretende eternidades, y que ha dejado de buscar relaciones con el tiempo de esta noche. Porque los pensamientos acabarán sujetos en una urdimbre que ya no podrá ser compartida. Como el traje del emperador, como la textura de los tapices que pronto van a ser exhibidos. Y que yo no veré. Pero Ifigenia no se casará aunque lo ignore, aunque esté convencida de ello y su cuerpo se estremezca en la espera. También mi cuerpo tiembla a la espera de... *El hombre cree escuchar, por fin, el rumor pesado de las ruedas entre las piedras, y va a interceptar la marcha para huir con la joven antes de que Atropos, la parca funesta, troce el hilo. Está a tiempo... Entonces en su corazón*

nace la calma. Algo se agita entre los matorrales, acaso una liebre, que le roza la pierna en su carrera. Se rompió tu hilo, Alfonso, ¿es que piensas abandonarme?

¡Ifigenia!

Observas, Ifigenia, cómo cubren tus criados los rescoldos del fuego que ha brillado en la campiña bajo la sonrisa vigilante de la luna. Y piensas que acaso Aquileo vea la misma luna en estos momentos reflejarse en la superficie mercurial de las aguas, mientras te espera. Tal vez sus miradas se han unido ahora en la contemplación del astro que a ambos alumbra y que los ata, a través de la distancia, en el deseo.

Tu corazón de doncella se encomienda a Artemisa implorando protección para esta noche en despoblado. Sabes que para dedicarte al culto de la diosa debes conservar tu pureza, tú que estás a punto de ofrecer tu carne virgen al hijo de Tetis y Peleo.

Mas ahora, lejos de los altos muros del palacio de Micenas, te inquieta el rumor fragoroso de los árboles, de la hierba, de los animales, que no son como los leones silentes de piedra que flanquean las murallas de tu casa. Este mundo parece magnificar sus voces, al resguardo de las tinieblas. Escuchas el sonido ronco de una lechuza oculta entre la fronda, mientras te llevas a los labios, tú también, las dulces semillas de una granada. Y al instante mismo de depositarlas en tu boca, las dejas caer al suelo, porque recuerdas una historia triste, y te rehusas a convocar los malos augurios.

Se mezclan los olores frescos del campo anochecido con los de las ascuas, que dormitan cubiertas por los átomos casi etéreos de la ceniza. Mañana, cuando la aurora vuelva a descorrer con sus caricias el manto negro que ahora cubre la techumbre lejana, las ascuas serán removidas para así despertar las

crepitaciones de la hoguera. Para despertarte a ti, y, luego, emprender la última jornada del viaje.

Los divinos caballos alejaron de tus ojos el carro del sol, y el mundo fue perdiendo sus contornos. Todas las cosas empezaron a mezclarse, como se mezclan los elementos en un guiso dentro de la dulce oquedad del barro. Y fue entonces cuando la comitiva detuvo su marcha ante las fauces abiertas del monte.

Así, mientras los corceles prosiguen la carrera que conduce al astro por los cielos, los pesados bueyes esperan sumisos que la noche les devuelva su vigor. A cobijo, entre los pliegues de la roca, dejarás que el tiempo transcurra suavemente detrás de los ojos cerrados.

Humean las antorchas iluminando las duras entrañas de la tierra, y tú, Ifigenia, miras cómo se eleva la delgada hebra, hasta confundirse con la roca. Escuchas el canto de tu madre que arrulla a Orestes y tú también deseas adormecerte con su voz.

Sin embargo, la presencia de rumores extraños aleja el sueño de tus párpados. Y si allá en tu casa las vetas del mármol te hacían imaginar animales y plantas nunca vistos, aquí en el interior de la cueva, las sombras de las teas dibujan figuras que te atemorizan. A lo lejos se deja oír el flujo sordo de un río que corre en las profundidades rojizas de la piedra.

Sí, Ifigenia, tienes miedo. Miedo de los seres que pueblan la noche, y vuelves a implorar la protección de Artemisa. Pero tu alma también se agita ante el futuro a punto de cumplirse. ¿Cómo será Aquileo? ¿Cómo será tu vida a su lado? ¿Habrá sitio en su corazón también para ti? Porque los hombres deben atender a tantos negocios que no les queda tiempo para los pequeños asuntos de mujeres. ¿Y la mano que se despojará por la noche de la espada, será capaz de encontrar en su tacto la suavidad que tú deseas? Conoces la fortaleza de tu madre, y sabes que

provienes de una estirpe de mujeres intrépidas, ¿pero también tú serás así de fuerte? Temes por ti y temes por él, por tu sino que ahora permanece oculto, y, mientras, al oscilar de la llama, brotan en la piedra seres monstruosos que te sobrecogen. Tu cuerpo tiembla, Ifigenia, mas no por el deseo, estremecido, ahora es habitación del miedo.

Intentas recordar los preparativos gozosos que han llenado tus días y tus noches. Hace ya mucho tiempo que cesó el canto de tu madre y alcanzas a escuchar la respiración pausada de tu hermano. El rumor de las voces se ha ido acallando; sólo persisten los murmullos del campo y el correr interminable de las aguas. Pero tú, Ifigenia, no logras sosiego, pese a la fatiga del viaje. ¿Cómo será tu vida al lado de Aquileo? ¿Por qué temes ahora si antes eras presa de la dicha? Y te dices, Ifigenia, que tu padre ha labrado tu destino. Te dices que eres una tonta por dejarte abrumar de dudas.

Vuelves a oír la voz opaca de la lechuza, el sueño se olvidó de tus ojos, y el tiempo parece detenido para siempre entre las grietas de la roca. Y a tu invocación, Atenea y Apolo acaso transformen tus pensamientos en sombras que también revolotearán en la caverna, y entonces caerá la oscuridad para acogerte. Te prodigará el descanso a ti, Ifigenia, que has imaginado tan deleitosamente tus días venideros. A ti, Ifigenia, que deseas recuperar, ahora, las dulces inquietudes de la muchacha camino al himeneo.

Esta noche en la cavidad enorme que te encierra, te percibes pequeña, muy pequeña. Sientes a tu alrededor el peso inaudito de estas paredes capaces de ocultar al más grande ejército que guerrero alguno se atreva nunca a imaginar. Pero tú no deseas un ejército, ni un espacio en las urnas de la piedra. No, tú quieres la protección de los brazos fuer-

tes de tu esposo, muros cálidos que rodeen tu cintura y que la hagan florecer.

Te revuelves inquieta de un lado a otro, mientras el sueño se niega a cubrir tu noche. De pronto, abres los ojos con sobresalto al sentir una presencia. Calma calma, es tu nodriza con un líquido humeante. La infusión que tranquilizará tu alma y que ha de llevarte a regiones deleitosas donde todo vuelva a recobrar la armonía.

Bebes primero lentamente, y a medida que tus labios soportan el calor, lo haces con presteza. Ya confortada, buscas la postura que sosiegue tus miembros. Sientes que poco a poco una sonrisa va adueñándose de ti, como si abarcara al universo entero. La mano, tan conocida, tan amada, acaricia tus cabellos. Y al cobijo de esa sonrisa, te pierdes nuevamente en el deseo.

Ahora los murmullos de allá afuera parecieran tejer una red rumorosa, cuya placidez va envolviendo tus pensamientos desbocados, incorporándose al manso flujo de tu sangre. Las entrañas de la tierra son el tibio recipiente que te guarda. Sólo el oleaje calmo de las respiraciones y el trayecto del agua...

El hombre está acurrucado, casi inmóvil. Las manos, a sus flancos, resignadas ya al manar de la sangre. El cuerpo busca mecánicamente la postura que le ofrezca alivio a la debilidad temblorosa en la que se encuentra. Agoniza, pero el cerebro aún es capaz de emitir señales, de generar fulgores repentinos, como las luces que la pólvora de los fuegos de artificio hace brotar en los cielos. Y como esas estrellas efímeras danzando unos instantes, así danzan sus pensamientos sin orden. Impulsados por la voluntad de retener las memorias, los deseos. Acaso así, el tiempo de afuera se prolongue, porque el otro cobra una suerte de eternidad.

Mientras una porción ínfima de sangre bañe su corteza cerebral, como bañó el chorro de la herida la corteza del fresno, Alfonso Vigil seguirá en la batalla. Igual que el guerrero que, a sabiendas del desenlace, no va a detener sus ímpetus. Alfonso Vigil ya no tiene ímpetus, pero su intelecto brega para no apagarse. Acaso porque la función de los pensamientos sea la de ser pensados. Pensados hasta la propia extinción.

Siempre quedan preguntas sin respuesta, que se van dejando para otro momento, a veces en busca de oportunidad y otras, porque se ignora que se tienen, o no se les admite. Como la noche en que llegara a casa de Elisa para encontrarse con la música electrónica puesta a todo volumen y luego, las risas y el silencio sorprendido de ella y de él, de Paco. No fue cuestión de celos, se dijo entonces, o no de los celos del hombre que sorprende a su mujer en falta. Porque no había, en realidad, falta que sorprender. Sin embargo... era sentirse intruso en un momento para el que Alfonso Vigil no tenía llave. Esas otras maneras de ver la vida distintas a la suya, y que requerían de él la suspensión de sus hábitos, de sus gustos, de sus creencias (¿valores?). La soltura de dos jóvenes que se niegan a tomar la vida con seriedad casi trágica, ¿como yo? Otros modos, sí, pero también otra edad.

Nunca había pretendido abolir el entorno de la muchacha, pero... Estamos oyendo el nuevo disco que grabó Paco, Alfonso, está maravilloso. No dudo ni tantito que va a tener mucho éxito. Siéntate aquí, y que lo ponga, de nuevo, desde el principio. Y su sonrisa entusiasmada y sus ojos brillantes y su mano recogiéndose la falda para hacerle sitio. Y la tibieza de su muslo tan junto al suyo. La incomodidad del intento fallido para agregarse al júbilo, a las estridencias que llenaban el cuarto, que retumbaban violentamente en su cabeza. Pero, sobre todo, la extensa medida de su propio tiempo recorrido que imponía el desequilibrio frente a ellos.

Porque a solas, Alfonso y Elisa se construyen gozosos, sin espejos que devuelvan imágenes, otras, que las que sus palabras y sus cuerpos les dicten. Máscara contra cabellera. Experiencia contra juventud. Pero esa tarde recordé los comentarios de mis amigos, las bromas, y sí, también la envidia. Y, claro, me sentí incómodo... deseando no haber llegado de improviso, no verla a ella tan ajena y tan feliz. Sí, tan feliz, sin acordarse de mí con todos mis cuarenta y nueve años a cuestas. Esa tarde, el doctor Vigil se comportó lo mejor que pudo.

Pero queda la sensación de extranjería, como cuando llega algún colega de otro país al hospital, y no sólo es cuestión de idioma, sino de sobrentendidos, de memorias compartidas, de todo lo que no requiere de explicaciones que al ser brindadas destruyen la fluidez natural del trato. Paco y Elisa devolvieron su atención a la música, Alfonso se dejó inundar también por ella; mas era obvio que el instante de placer, que él había venido a interrumpir, no pudo ser retomado. Paco se despidió, te dejo el disco, vuelvo por él cualquier día de éstos, pórtense mal ¿eh?

¿Pero Elisa? ¿Qué me da Elisa?, se ha preguntado infinidad de veces. ¿Qué me da o qué busco yo? Tantas respuestas, ninguna categórica. Alfonso Vigil es incapaz de enumerarlas como se enumeran los síntomas, a veces arbitrarios, de alguna patología. Existen enfermos no enfermedades, se dice... me da placer, se dice, me da frescura en una vida tan llena de agobios, aunque también de satisfacciones profesionales. Me alteran sus palabras.

Se ha dicho todo eso y más cuando toma distancia de sí mismo y se observa haciendo cosas que nunca hubiera imaginado posibles en él. Porque el que un hombre y una mujer se sientan mutuamente atraídos lo puede explicar la biología con bastante llaneza. Que disfrute tanto el encuentro en la piel... Hasta el grado

de recrearlo utilizando, en horas de oficina, la computadora para escribir sus sensaciones en un apartado secreto de las historias clínicas... Que se haya permitido los accesos de risa más incontenibles escuchándola burlarse de él, del afamado neurólogo... Que ahora, cuando le es posible, siga, con estricta minuciosidad y emoción, los cambios de matiz en el celaje... Que se ausente, por asuntos de trabajo, durante algunos días, y, contra sus viejas costumbres, llegue con un pequeño obsequio siempre envuelto, para disfrutar las manos nerviosas de Elisa desgarrando el papel... Que deje transcurrir las horas viendo cómo el telar se va llenando de colores, cómo la canilla se adelgaza entre las hebras, cómo las manos vuelan y la vista se detiene fascinada mientras supone la silueta de Ifigenia recorriendo los caminos. Y las manchas cobran las formas caprichosas del paisaje que no ve, pero que, sin embargo, intuye mientras éstas crecen como el laurel, como el fresno, como ahora crece la figura de la joven más real, más cercana que la tejedora... Ifigenia que va rumbo al mar.

La suerte, Dios, la suerte. El enorme placer de Alfonso Vigil de viajar al mar cobró esa vez dimensiones imprevistas. Desde niño, desde siempre lo ha disfrutado. Caminar por la playa hasta el agotamiento, con el agua mojándole los tobillos y la mirada perdida en esa inmensidad azul. Como si en cada ola regresaran hilachos de su vida que no precisan de palabras. Vez a vez se llena de buenas intenciones y su maleta queda abrumada por el peso de los libros que regresan sin ser abiertos. Son letra muerta contra cada elevarse del oleaje y su reventar ruidoso, sorpresivo, siempre nuevo en su eternidad de mar.

Durante esas estancias se aleja de todo y se vuelca en sólo percibirse ahí. Y deja pasar las horas, y deja que el calor se instale en la piel, y que los pensamientos galopen sin freno, sin, en realidad, saber

de qué materia están hechos. Nada importa, como no sea el deleite indiviso de cuerpo y mente, toda ciencia trascendida.

Ya llevaba junto con Elisa dos o tres días de gozar y gozarse sin horarios, con la fiebre del sol, de la brisa, de las palmeras, de la ginebra en los cocos, de los mariscos y su dorado manto mediterráneo de aceite de oliva y ajo, con la lejanía del horizonte que acaba escondiendo al astro, para dejar libres a las estrellas casi olvidadas por ambos en la ciudad. Te regalo una estrella, Elisa, Casiopea es tuya desde esta noche. Pues yo te regalo a Venus, con todas sus artes, ¿qué te parece? Durante el día sólo se obsequiaban los placeres de la morosidad del tiempo.

Alfonso decidió recorrer, una vez más, la longitud de la playa, mientras Elisa buscó la sombra y el sueño que parece, en momentos así, no quedar nunca satisfecho.

Ruidos y carreras la sacaron de su letargo. Descubrió que la gente se apresuraba hacia un mismo sitio. Buscó a Alfonso, ¡un ahogado... un ahogado...! y tuvo miedo. Corrió, ella también, en esa dirección. Entre las olas se alcanzaban a distinguir dos manchas, como dos cocos sacudidos por el agua. Precisamente, unos hombres intentaban adentrarse sorteando las olas. No era fácil, porque justo entonces el mar había cambiado su engañosa calma. Las olas se sucedían, altas, imposibles. Alfonso, Alfonso. Y ella quedó clavada en la arena como los postes que sostienen las palapas hasta que algún huracán los arranca de cuajo. ¡Alfonso! ¡Alfonso!, pero no pudo abrir los labios, gritar, moverse... Quieta en la parálisis hipnótica del terror.

El nudo indiscernible de brazos fue aquietándose. Alguien había logrado, por fin, llegar hasta allá. Entonces pudo distinguir la cabeza a flote de Alfonso y la otra sobre la superficie del agua, argollada por el

brazo del hombre. Colocaron a la mujer en la arena. Alguien le oprimió el torax hasta que arrojó un chorro de agua, otro. Y después fue el propio Alfonso quien acercó su boca a la de ella, quien le estrujó el pecho, quien continuó luchando hasta sentir que la vida volvía a alentar de manera casi imperceptible. Se llevaron a la mujer en una ambulancia y Alfonso permaneció durante mucho tiempo tendido en la arena.

El resto de la vacación los hizo regresar muchas veces a esos momentos, que Elisa no se cansaba de revivir. Alfonso sintió la admiración entusiasmada de ella. Su orgullo de estar junto al hombre que no había dudado en lanzarse al rescate. Y todas las vidas que él hubiera podido salvar en su profesión y que se convierten, para quien no lo presencia de cerca, en dificultades, contratiempos, cobraron forma. Ahora me doy cuenta de tantas cosas, Alfonso, qué feliz me siento de que estemos juntos. Para él mismo, el tenue hilo que sostiene la existencia, sin la lejanía aséptica de un hospital, volvió a cobrar la fuerza inaudita de los procesos del azar. Caminaba distraído, Elisa, ya me conoces, no sé ni en qué pensaba, tal vez en nada. Me quedé viendo las olas un momento y entonces la vi a ella...

Y nadie lo va a ver a él en este parque, pero ahora ha dejado de pensar en ello. Ya no le importa. Fulgores de un paisaje crecen en su interior, junto con la sombra vaga de una joven.

¡Ifigenia!

Al calor grato del vino, Alfonso y Elisa dejan pasar las horas de la noche. A él le gusta mucho observar su rostro arrebolado por la bebida y la viveza de la charla. Porque Elisa defiende con furor sus puntos de vista que tantas veces no coinciden con los suyos. Y que muchas veces, también, lo alteran, más de lo que le gustaría. Deformación profesional. Pero, ¿de quién? De ambos naturalmente, es sólo que...

A ver, Elisa, seamos honestos, tu serie de tapices pudo llamarse "Cromatismos", por ejemplo, y yo, y muchos otros ilusos, lo entenderíamos mejor. Porque eso de "Las bodas..." acepta que es bastante jalado de los pelos. Pues para mí no. Tiene sus buenas razones. ¿Tantas manchas?, los excesos de la imaginación, que sería otro buen título, ¿no crees? O simplemente "Manchones". No, no lo creo, y quisiera poder hacerme entender; claro que no te propongo que lo veas como yo, porque... tú mismo me has dicho que tampoco tú puedes saber qué percibe, cómo ve, qué tanto le duele a tu paciente. Eso, Alfonso, quedará en el misterio. De acuerdo, es un hecho irrefutable, meras aproximaciones; pero, bueno, hay datos, coincidencias... ¿Qué?, ¿será que no te gusta ser un áspero hilo de henequén? No seas tonta y dame un beso.

Espero que Ifigenia tenga tu figura, porque quién me dice que sea gordísima. Y que por lo mismo, Aquiles acabará no casándose con ella. Bueno, pues a lo mejor tenía un tumor en la hipófisis; ¿ves qué rápido aprendo? No, querida, más bien, un problema de tiroides o de simple glotonería.

Las horas pueden destilarse de tantas formas. En su elasticidad hay casi un infinito de gradientes. Dúctiles como el agua, las horas toman la forma del envase que las contiene. Y Alfonso y Elisa las dejan gotear suaves, lentas, para ser los primeros sorprendidos cuando éstas colman su capacidad. Los lenguajes se entrecruzan, de la palabra, a la piel, al silencio...

Cuando tejo, busco explicarme al mundo, no reproducirlo, porque eso, además de imposible, no me interesa. Ahí, entre las hebras, el mundo se me abre y yo lo penetro, para, luego, tomar distancia. Quiero extraer lo esencial de la montaña, de la flor, del andar casi solemne de los bueyes, del viento que agita las telas, del peso y los olores de la fruta madura. Es como si pudiera mirar más, sentir más, como si tuviera un

ojo más. No los que tú me ves, ni tampoco, la conexión en el cerebro, sino ir más lejos, hasta el estremecimiento de las cosas. Es un acto de magia, la magia en la que no quieres tú creer.

Tal vez en la contemplación todo se fragmente para cobrar otra realidad donde yo pretendo instalarme, Alfonso. Más acá o más allá del tapiz, como si éste y yo misma nos transformáramos mientras se hace. Y todavía insisto, los entrecruzados, los puntos de convergencia y de fuga, todo, Alfonso, todo se vuelve tan tan claro, pero no sólo en la tela. Aunque en ella se conoce y reconoce, sin necesidad de palabras, la armonía universal. La música silenciosa del cosmos. Las cosas cobran sentido, otro sentido. En el tapiz se teje la textura imaginaria de la realidad. Y mira, Alfonso, quiero regalarte algo. Es un programa para tu computadora. Aunque no lo creas, también es un tapiz: mágico, casi viviente. Peces de colores que se mueven en la pantalla mientras tú piensas. Tal vez al verlos, me entiendas un poquito más. Y tú le concedas, aunque sea también un poquito, algún crédito a los adelantos de la ciencia y la tecnología. Lo hago, claro que lo hago, tan necia no soy. Sólo digo que hay algo más. Y ahí es donde tú y yo...

Pero volviendo a lo de antes, sé muy bien, que no puedo nunca alcanzar la meta. Nadie lo puede, como tú con tus pacientes. Aunque eso no impide que yo siga hilando. El telar me ofrece urdir algo mucho más importante que las hebras, ahora que si quieres, cambio el henequén por la seda, pero admite, mi adorado doctor, que tú no eres muy sedoso. Y entonces va a parecer que tu hilo lleva una máscara. Tampoco me importa no haber ido a Grecia, ya iremos algún día, Alfonso, prométemelo. Así y todo, mi Grecia es nítida, transparente como su luz, y forma parte de mi deseo. Vaya que es un deseo que se percibe con sencillez. Todos, sin haber estado, hemos estado ahí, no me cabe la menor duda.

¿Qué me da? o ¿qué busco yo en Elisa?, se ha preguntado tantas veces el doctor Vigil. Viajar por los paisajes griegos al lado de la joven mujer, mientras, descansa unos momentos cerca del tronco del fresno, bajo la oscuridad del cielo atenuada por el filo de la luna. *Ahí permanece a la espera de que en cualquier instante, ella aparezca y juntos prosigan el camino... Porque llegará pronto, muy pronto. Ifigenia vendrá y su alborozo va a contagiarlo a él. Sus oídos están llenos con el rumor de las pisadas fuertes de las bestias, del girar de las ruedas que se aproximan.* Y junto a ella, cobrará las fuerzas que ahora parecen haberlo abandonado. Cerrará los ojos y el mundo y la vida recuperarán su sentido cuando los vuelva a abrir. Entonces va a despojarse de esta fatiga que lo abruma, pero que, también, le permite soñar con el placer del encuentro, mientras la espera...

¡Ifigenia!

Será, Alfonso, que estás empeñado en buscar la verdad, que tú reduces a lo que se puede medir; también yo la busco, pero no así, sino en la maravilla que engrana todos los eventos del universo, porque para mí, el azar es otra cosa. La serendipia, Elisa. Pues sí, y tú descubres, de pronto, un romance nuevo de las terminaciones nerviosas y yo la hebra de henequén que me hace pensar siempre en ti mientras trabajo. Estás ahí dentro sin poderte escapar. También yo pienso en ti mientras trabajo. Y probablemente más de lo que quisiera.

Alfonso Vigil fue el primer sorprendido de la magnitud de su deseo. El amor es para los ociosos, se había dicho cuando Elba le reclamara su creciente distancia. Claro que te quiero, Elba, pero, mi profesión... Tengo muchos compromisos, obligaciones, no creo que te gustara tenerme en casa todo el día. No es eso, pero... No seas niña.

Entonces estaba convencido que todo marchaba bien, razonablemente bien, como en cualquier

matrimonio, cuando el tiempo ha suavizado ya el apremio. Y jamás le dio importancia a los encuentros fortuitos con alguna mujer que apareciera por ahí. Era discreto y las cosas no pasaron nunca del gozo fugaz que brinda lo novedoso. Carlos Antúnez y él, en ese tiempo, y generalmente durante sus viajes, abrían una tregua conyugal que los regresaba de buenos ánimos para proseguir en lo conocido de sus respectivas vidas. Porque el amor es un casillero más en los archivos de la mente y en el funcionamiento glandular.

Después del divorcio, Alfonso Vigil tuvo relaciones más largas, sin importancia, pero placenteras al fin. Hasta la noche en que la casualidad y, tal vez el aburrimiento, lo hizo entrar a la exposición. ¿Qué le sucedió entonces? ¿Por qué ahí las cosas fueron distintas? Seguramente, asuntos de la edad, Alfonso. El miedo a empezar a envejecer. Es distinto, no te acepto lo de que "cualquier hembra joven..." Me niego a ponerlo en términos así. No, para nada, Elisa es mucho más que eso. Aunque los amigos del doctor Vigil no lo ven de esta manera. Porque la imagen que el espejo devuelve de uno no concuerda con la que los otros perciben. Además, de intentarlo, todo puede reducirse a explicaciones extremadamente simples. Tan simples, que molestan. Elisa es mucho más que eso. Disfrutaré lo que tengo mientras me dure... Nada es eterno, uno acaba por aburrirse... Quizá de ahí provenga el motivo que lo alteró al verla tan contenta con Paco, con el joven (¿inexperto?) músico...

¡Dios!

No es que yo crea en un cielo lleno de ángeles, aunque no te niego que me encantaría, Alfonso, pero tampoco rechazo la posibilidad del asombro. Imagínate la sorpresa de verlos tocando el arpa para recibirnos. Me llevaré, por las dudas, las partituras de Paco, quién quite y modernicen allá arriba la música. Hay que estar preparados, ¿no? Pues te sugiero que

también te lleves tus teorías sobre la plástica, porque a lo mejor ni yo ni otros como yo, podríamos reconocer los paisajes celestiales. Y vamos a quedarnos toda la eternidad sin saber que llegamos al cielo. Y vaya frustración...

Pues ya que hablamos del más allá, te diré que mi abuela me contaba que ella tenía "sueño de pajarito" y que una noche la despertó mi abuelo, al sentarse bruscamente en la cama. ¿Lo oíste, Ernestina?, ¿lo oíste? ¿Oí qué? Pues que Pancho, mi hermano, acaba de estar aquí. ¿Tu hermano? Válgame Dios, llegó de Mazatlán y se metió, como ratero, sin avisar y luego se fue como vino. Vuélvete a dormir, José, te cayó mal la cena. Pero mi tío Pancho se pegó un tiro esa madrugada allá en Mazatlán. Explícamelo, Alfonso, explícamelo. No puedo. ¿Y lo crees? Pues no... Pero lo que sí es un hecho es que te amo a pesar de todo. Tonto. Lástima que no conocí a tu abuela, con ella sí me entendería. Ahora sé a quién le heredaste la imaginación. Te diré que me vuelve la calma, Elisa, no se trata de la guerra de las dopaminas y la camisa de fuerza. Dormiré tranquilo, hasta que un buen día me despiertes a media noche con alguna noticia estrambótica. Entonces le rezaré a tu abuelita para que me ilumine.

La respiración del hombre es débil y su cuerpo se sacude a veces en espasmos que lo hacen abrir los ojos, llevar automáticamente la mano a la herida, para después, retirarse de ahí tan automáticamente como llegó antes. Muy cerca, la hierba se agita de pronto. Dos ratas pasan corriendo entre los acantos. Él no las ve. *Las hojas se mueven suavemente al correr veloz de los animales; pero el hombre no los ve, no quiere verlos. Sus pensamientos vuelan en espera de Ifigenia que va a aparecer en cualquier instante. Él la tomará en brazos para despositarla en el caballo que aguarda inquieto él también. Después...*

A la orilla del parque circula un coche, de cuyo interior brota la música a todo volumen. Los aires se cargan con los furores de un ritmo tropical. Pues, ¿qué quiere, doctor?, me encanta el baile. Así me olvido de todo. Me parece bien, Conchita, pero déjeme que le haga unos estudios; tanto dolor de cabeza merece investigarse. Otro día, doctor. Pues no se ría, que en casa del herrero... porque usted que cuida tan bien a los pacientes, no se cuida. Y eso está muy mal, ¿de qué le sirve su profesión de enfermera? Otro día, doctor, otro día.

Pero ese día no llegaba. Alfonso Vigil supo que la mujer había empezado a beber buscando alivio. Vaya que tiene un buen alcohol, Alfonso, es el alma de las fiestas, y parece que olvida la cefalea. Conchita, va a acabar usted perdiendo el trabajo. Sin embargo, el desempeño de la mujer ojerosa, pálida, era tan efectivo como siempre. Aunque procuraba evitar los momentos a solas con él cuando podría reiniciarse el tema. Y él dejó de insistir.

Fue en la noche de la fiesta navideña del hospital. Las cubas circulaban generosamente. Médicos y enfermeras fraternizaban, algunos a punto de iniciar romances efímeros, tan comunes, por otra parte, y que son secreto a voces. El propio Alfonso Vigil no se ha librado de esta pandemia. La gente le hacía círculo a Conchita, que bailaba, agitando las caderas, sacudiendo los pechos, moviendo los hombros, los brazos, flexionando las piernas. Al llegar con todo su cuerpo al suelo, pareció que la caída formaba parte de los excesos de la danza. Fue durante un momento, porque al instante, se percataron del error. Conchita Ávila murió esa noche de la ruptura de un aneurisma. Tal vez ese tratamiento haya sido el adecuado. En realidad, después se supo, el caso hubiera tenido un pronóstico desesperanzado. Su vida terminó al gusto de ella, a la mitad de una

fiesta entre aplausos. Si cada quien pudiera elegir su propia muerte...

Si se pudiera regresar el tiempo en una máquina, Alfonso, ¿qué cambiarías tú? Bueno, pues no sé; no lo he pensado, Elisa. Pues yo querría haber viajado por todo el mundo. Desde luego que por el mar Egeo, por cada una de sus islas, por todo el Peloponeso. Pero ya lo haremos juntos, así que tal vez no necesite aquí de la máquina. Pero, ¿y tú? ¿Yo? Pues... haber sido menos ciego con algunos pacientes. Saber más, ver mejor... Pero tu ojo clínico tiene gran fama ¿no? Hace años no existían tantos aparatos, y, de cualquier forma, me he equivocado muchas veces. Aunque así es siempre, uno no es Dios... Por fin lo admites, mira que yo medio lo dudaba, Alfonso. ¿Así que no eres Dios? Boba...

La cabeza me estalla y he sentido piquetes en las piernas, doctor, como si me cayera de pronto un frasco lleno de alfileres. Por eso lo vine a ver. ¿Cuántas veces le ha sucedido? Bueno lo de las agujas varias, aunque no tantas, pero nunca me había pasado y me preocupa. Ayer, de los nervios, hasta me caí al suelo. Parece que todo se me está descomponiendo. Dicen que las penas no llegan solas. Alfonso Vigil estaba con prisa, retrasado en sus citas, además, tenía boletos para la ópera, así que apenas dejó hablar a la paciente. Es que un buen día, sin que yo me lo imaginara, mi marido se fue; y le juro, doctor, que yo creí que nuestro matrimonio iba bien... Pero Manolo se llevó mi felicidad junto con sus cosas. La situación es tan frecuente... y las mujeres tan descontroladas... Anotó en la historia clínica: angustia severa. Le recetó unos calmantes y le ofreció la caja de pañuelos desechables, al verla buscar infructuosamente en el bolso. Regrese si le repiten los piquetes o la cefalea. Sonrió condescendiente y la olvidó acompañado de Verdi.

Dos días más tarde, la mujer fue internada en estado de coma, y el doctor Vigil escuchó, impotente, la voz descompuesta de Manuel Escurdia, su marido, quien estuvo a punto de golpearlo. Sin embargo, ella ya no se enteró de la escena. Si se pudiera regresar el tiempo, porque no fue histeria, Elisa, no lo fue. Le falló como médico y la vergüenza de su ceguera y el recuerdo del odio del marido lo han acompañado. Tal vez murió porque dos hombres no creyeron en ella.

Regresar el tiempo... Ahora es Alfonso Vigil quien ha sentido en sus propios miembros la parestesia que no tomó con la seriedad debida en aquella desgraciada mujer. Tengo las piernas y los brazos llenos de piquetes, había pensado. El parque es un hervidero de hormigas... *¡Qué fatiga enorme la de la espera!*

En la penumbra, el hombre exangüe parece un bulto al pie del fresno, ajeno a aquello que lo circunda. La vida prosigue en otra parte. En cualquier otra parte, más allá del desequilibrio por el que sus funciones lentamente se truncan, como truncos están los caracoles que flanquean a la mujer de la fuente. El tiempo cercenó la argamasa que les dio figura. Y la espiral, remedo y nostalgia del eterno retorno, fue mutilada no obstante que la permanencia de las cosas suele ser más larga que el breve tránsito humano.

El lenguaje se le borrará con la suavidad con que se borra un pizarrón. Pronto los trazos eléctricos van a desaparecer de cualquier registro. Un colega suyo o Luis Carrasco, su socio, o Carlos Antúnez o el médico de guardia en la sala de urgencias a donde sea conducido, tomará la gráfica, la observará como él ha tomado y observado tantas otras, para decirle a Ana, a Esteban, a Elisa, a quien espere la respuesta, que el tiempo terrenal de Alfonso Vigil se ha integrado a aquel que resiste cualquier medición, a ese tiempo que a todos altera y que nadie comprende.

Pero no hará falta, porque a su llegada, no va a precisar ya de prueba alguna. Y mientras esto suceda, el otro discurrir del tiempo sigue expandiéndose. Más allá de las explicaciones mecanicistas del doctor Vigil, más allá de cualquier teoría de funcionamiento neuronal, el tiempo interior jamás se ocupa del tiempo. Ni el lenguaje cuenta con palabras para abordarlo.

Mi profesión, Elisa, ¿pero y la tuya? Ya te dije qué haría yo con la máquina del tiempo, ¿y tú?, puesto que Grecia ya sabemos que se asoma en nuestro futuro. Bueno, pues cómo quisiera haber podido seguir también con la antropología, porque ahí aprendí a ver. A ver de otra manera. A buscar otras explicaciones a lo que no entendemos. Un día, Alfonso, te contaré con detalle mis experiencias en un trabajo de campo en Morelos. ¿Por qué un día, Elisa, y no ahora? Pretendes que yo sí te cuente, pero tú... Porque aún no sé cómo hacerlo, ni siquiera para mí. Una parte mía lo entiende, pero no he acabado de saber qué me sucedió. Cómo fui hallando otra forma mucho más amplia de comunicación sin palabras, Alfonso. Saber sin saber cómo se sabe. Claro que fue después de un tiempo, cuando tenía varios meses viviendo en la comunidad. Me enamoré del brujo y él de mí y pasaron muchas cosas... Sólo puedo decirte que, al llegar, él me dijo, cuando me miró a los ojos, que yo tenía la "luz", que podría ver, y que... Otra manera de decirte que tienes ojos bonitos. Otras técnicas para enamorar a jóvenes incautas de la ciudad. No, Alfonso, no, eso fue mucho después. No puedo decirte más, sólo que él tenía razón... Aprendí a ver. Y eso te lo digo a ti, médico incrédulo. Hay distintas maneras para curar el cuerpo y el alma.

Aquella fiesta de cumpleaños de su tío Alberto terminó en conmoción general. La sobremesa se había prolongado. Había que ponerse al corriente de noviazgos, estudios, proyectos, trabajos, de ciertas in-

formaciones triviales sí, pero que le dan cohesión a esta clase de reuniones que fluctúan entre el tedio y lo entrañable. "Lazos de la sangre", diría la abuela. Ese pasado que los jóvenes no vivieron y que los viejos se niegan a olvidar. Ese futuro que sólo contempla a unos.

De pronto el primo Héctor fue a dar al piso cargando sus noventa kilos. Las convulsiones se hicieron sentir con fuerza. Alfonso se acercó de inmediato y tomó una servilleta que le introdujo a fuerzas en la boca. El azoro se apoderó de todos, y la tía Meche gritó aterrada. ¡Mi hijo!, ¿qué tiene Héctor? El joven médico, ayudado por los parientes, despejó el espacio e intentó calmar a la familia. Es un ataque epiléptico, estará bien en un rato, tranquilícense. ¿Epilepsia? Su voz se perdió en el desierto de voces histéricas. El espectáculo no era para menos, las mandíbulas del yacente pretendían moverse más allá del dique de la tela. Y el cuerpo se contorsionaba con furia. Pronto entrará en la fase clónica, se escuchó diciendo a pesar suyo, con la deformación profesional de los iniciados. Pero a nadie le interesan los términos técnicos, mientras observa, impotente, la irrupción del horror.

Pasó un tiempo largo, y el cuerpo fue entrando en una etapa de quietud. ¿Qué me sucedió?, ¿qué hago en esta cama? Antes de recibir las explicaciones, el primo Héctor se quedó dormido mientras alguien le secaba los cabellos sudorosos. A la tía Meche se le suministró un sedante, conseguido rápidamente en la farmacia de la esquina. Y madre e hijo permanecieron, cada uno en una cama, durante un buen rato.

Al otro día el tío Ignacio lo visitó en el hospital. Ponchito, Meche y yo queremos que nos digas lo que piensas... epilepsia, ¿no? Pero en nuestra familia no tenemos de qué avergonzarnos. Aunque se trate del gran mal, no es vergüenza, tío. ¡Por Dios!, es sólo una enfermedad... que se viene estudiando desde los

tiempos de Hipócrates. Enfermedad, tío, no tara. Habrá que hacerle pruebas, pero, por su edad, por la falta de antecedentes, y porque por su trabajo de ingeniero, Héctor come en cualquier parte, yo me inclino a pensar en cisticercos. Nos dijeron que puede ser un tumor cerebral y estamos aterrados. Puede ser, pero no lo creo, tío.

La familia tomó el primer avión posible, porque la opinión de un joven médico es riesgosa. El doctor Harrison cree que se trata de un tumor en el tercer ventrículo, Ponchito —le dijo por larga distancia el padre del enfermo— tu tía está como loca. Lo van a operar.

Semanas después, la parentela en pleno se congregó en el aeropuerto para recibirlos al cabo de una cirugía que resultó ser innecesaria. Tenías razón, Alfonso.

Ése fue el primer triunfo público del joven doctor Vigil que poco a poco fue acrecentándose, hasta hacerlo adquirir fama de ojos de lince capaces de vencer a los viejos lobos del extranjero. Pero el corazón se le fue endureciendo. Acaso sea inevitable. El peso del tiempo deja siempre sedimentos. Hasta la perla, ¿qué es, si no? Sólo una lenta calcificación...

Quizá en los pliegues de la memoria se van acumulando las huellas de esas otras personas que antes fuimos. Porque al echar la vista para atrás, al recordar, se descubren rasgos de seres distantes, años luz distantes, de quien los rememora, pero que algún día los encarnó. Más allá de la ciencia y sus hallazgos, surgen otras formas para dar cuenta de los procesos del pensamiento, inscritos en las circunvoluciones cerebrales. Pero tan transparentes e invisibles como los cisticercos del primo Héctor. Las pruebas y mediciones permanecen del otro lado de las fronteras del alma. Algo quedará siempre fuera de las ansias reductoras del hombre. Y en esos sedimentos existen, probablemen-

formaciones triviales sí, pero que le dan cohesión a esta clase de reuniones que fluctúan entre el tedio y lo entrañable. "Lazos de la sangre", diría la abuela. Ese pasado que los jóvenes no vivieron y que los viejos se niegan a olvidar. Ese futuro que sólo contempla a unos.

De pronto el primo Héctor fue a dar al piso cargando sus noventa kilos. Las convulsiones se hicieron sentir con fuerza. Alfonso se acercó de inmediato y tomó una servilleta que le introdujo a fuerzas en la boca. El azoro se apoderó de todos, y la tía Meche gritó aterrada. ¡Mi hijo!, ¿qué tiene Héctor? El joven médico, ayudado por los parientes, despejó el espacio e intentó calmar a la familia. Es un ataque epiléptico, estará bien en un rato, tranquilícense. ¿Epilepsia? Su voz se perdió en el desierto de voces histéricas. El espectáculo no era para menos, las mandíbulas del yacente pretendían moverse más allá del dique de la tela. Y el cuerpo se contorsionaba con furia. Pronto entrará en la fase clónica, se escuchó diciendo a pesar suyo, con la deformación profesional de los iniciados. Pero a nadie le interesan los términos técnicos, mientras observa, impotente, la irrupción del horror.

Pasó un tiempo largo, y el cuerpo fue entrando en una etapa de quietud. ¿Qué me sucedió?, ¿qué hago en esta cama? Antes de recibir las explicaciones, el primo Héctor se quedó dormido mientras alguien le secaba los cabellos sudorosos. A la tía Meche se le suministró un sedante, conseguido rápidamente en la farmacia de la esquina. Y madre e hijo permanecieron, cada uno en una cama, durante un buen rato.

Al otro día el tío Ignacio lo visitó en el hospital. Ponchito, Meche y yo queremos que nos digas lo que piensas... epilepsia, ¿no? Pero en nuestra familia no tenemos de qué avergonzarnos. Aunque se trate del gran mal, no es vergüenza, tío. ¡Por Dios!, es sólo una enfermedad... que se viene estudiando desde los

tiempos de Hipócrates. Enfermedad, tío, no tara. Habrá que hacerle pruebas, pero, por su edad, por la falta de antecedentes, y porque por su trabajo de ingeniero, Héctor come en cualquier parte, yo me inclino a pensar en cisticercos. Nos dijeron que puede ser un tumor cerebral y estamos aterrados. Puede ser, pero no lo creo, tío.

La familia tomó el primer avión posible, porque la opinión de un joven médico es riesgosa. El doctor Harrison cree que se trata de un tumor en el tercer ventrículo, Ponchito —le dijo por larga distancia el padre del enfermo— tu tía está como loca. Lo van a operar.

Semanas después, la parentela en pleno se congregó en el aeropuerto para recibirlos al cabo de una cirugía que resultó ser innecesaria. Tenías razón, Alfonso.

Ése fue el primer triunfo público del joven doctor Vigil que poco a poco fue acrecentándose, hasta hacerlo adquirir fama de ojos de lince capaces de vencer a los viejos lobos del extranjero. Pero el corazón se le fue endureciendo. Acaso sea inevitable. El peso del tiempo deja siempre sedimentos. Hasta la perla, ¿qué es, si no? Sólo una lenta calcificación...

Quizá en los pliegues de la memoria se van acumulando las huellas de esas otras personas que antes fuimos. Porque al echar la vista para atrás, al recordar, se descubren rasgos de seres distantes, años luz distantes, de quien los rememora, pero que algún día los encarnó. Más allá de la ciencia y sus hallazgos, surgen otras formas para dar cuenta de los procesos del pensamiento, inscritos en las circunvoluciones cerebrales. Pero tan transparentes e invisibles como los cisticercos del primo Héctor. Las pruebas y mediciones permanecen del otro lado de las fronteras del alma. Algo quedará siempre fuera de las ansias reductoras del hombre. Y en esos sedimentos existen, probablemen-

te, zonas oscuras, no porque se hayan olvidado, sino porque no se quieren recordar.

Fue durante una larga tarde de sábado en que permanecían lacios, desnudos, brazos y piernas enlazados sin casi moverse para no perder el bienestar, cuando el cuerpo parece caer en un estado tal de reposo que se desearía eterno. Antes de que sobrevenga el frío y los músculos despierten inconformes de nuevo. La actividad violenta de antes, la búsqueda del placer, los retardos que acrecientan la entrega; la pérdida de las dimensiones propias hasta ser casi indiscernibles uno del otro. La pericia de Alfonso, la capacidad de gozo de Elisa habían sido más que colmadas. El vino que cubriera el cuerpo de la muchacha seco ya en la boca del hombre, la corola de espumas, inscrita sobre las oscuridades triangulares; los sentidos, adormecidos para no ver, y no oír más que el latido de la sangre. Se quedaron dormidos en ese sueño espeso del placer saciado. Poco a poco el mundo empezó a hacerse presente en el contorno de los muebles, en el olor ácido de los cuerpos, en la música del radio. Sobrevinieron unas pocas palabras convertidas en charla amorosa, inconsecuente. Después llegó un silencio que apagó las voces. Sólo la presencia, ahora mucho más fuerte, de una canción y la sorpresa de Elisa. Y de nuevo, el diálogo.

Creo que yo te hubiera dado de palos, Alfonso, si me dejas así des-"vestida y alborotada". Además, tu hombría iba a quedar conmigo siempre en entredicho. ¿Tú crees? Estoy segura. Vaya, te encantó la muchacha y tú a ella... Estás en pleno carnaval veracruzano, y luego te invita, te dice que quiere entregarse a ti porque te ama, que nunca lo ha hecho, pero que tú, que tú... No sé ni por qué te lo conté, Elisa. Me lo contaste porque te vi perdido escuchando la música, como si de pronto te hubieras olvidado de mí. ¿Estabas pensando en alguien, verdad?, y te

pusiste nervioso... Es que era tan claro como el agua. Créeme que nunca se lo había contado a nadie. Pues sí te lo creo, uno no va contando semejante tristísima historia. Los dos éramos muy jóvenes, yo, quizá diecisiete años; y me había prometido llegar virgen al matrimonio. Tal vez los curas de la escuela, tal vez mi propio convencimiento, tal vez mi inexperiencia... Pues muy fuertes las razones que la vencieron a ella, desnuda en la cama esperándote, ardiente y temerosa. ¿Te imaginas lo que sintió? Primero debes haberle robado la seguridad, y eso que dices que era muy guapa. La dejaste cual trapo viejo. Y como ni siquiera te atreviste a explicarle tus motivos... pues, mi querido doctor, tu fama en esos parajes ha de ser... Si quieres voy a visitarla para que le cuente que ahora ya no te reconocería. Que yo puedo dar fe muy ampliamente. Y la mano de Elisa lo acarició para erguir su reposo.

¡Ifigenia!

¿Qué sucede con la magia que se niega a morir? Ahí, de soslayo, permanece aleteando en las entretelas del alma. Igual que se abrasan hasta su extinción los insectos al llamado de la luz, igual se ilumina hasta la incandescencia el deseo de los hombres buscando satisfacer el hueco trágico de su comprensión a medias. Y sin embargo... Por los intersticios del alma se derrama otra clase de conocimiento, carente, quizá, de la estructura rígida de la razón. Pero no por ello menos vivo, menos humano, menos digno de adosarse a las paredes inviolables de cada quien. Y ahí florecer...

¿En dónde se ocultó la magia de Dios?

¿En dónde se ocultó Dios?

La luna se esconde tras unas nubes. Tal vez llueva cuando el hombre ya no lo sepa. Unas cuantas estrellas no sucumben del todo a la violencia de las luces de la ciudad. La violencia de la oscuridad del parque. La violencia, sólo la violencia...

La mano de la aurora te despierta, Ifigenia, a ti junto con las aves que inician sus cánticos de salutación. Poco a poco la vida en letargo y los distintos matices de los verdes nacen de nuevo bajo la efímera humedad del alba. Se disipan las sombras de la noche y con ellas, tus temores. Porque el cosmos una vez más vuelve a adornarse, para desplegar desde las alturas la sorpresa que depara cada día. La voz grave de las lechuzas se ha escondido entre las ramas de los laureles y cede el paso a los trinos que desatan el alborozo. Atrás ha quedado el espesor de la noche.

Tienes hambre. Una criada pone frente a ti un cesto rebozante de racimos de uvas y manzanas. Y tú, Ifigenia, tomas una, luego extiendes el brazo que la sostiene. En estos instantes su rojo encendido refleja la locura de los cielos que se derraman más allá del horizonte. Rojos como la manzana, como la granada que no comiste, como el vino, como la sangre, tu sangre, que se desboca, ella también, enloquecida. Gea muestra sus pliegues abiertos, mientras unas manos remueven la ceniza de las brasas para avivar el fuego. Y se eleva una suave plegaria de gratitud a Hestia que cobijó en su seno al fuego adormecido.

Tu ansiedad escucha su eco inverso en el rumiar eterno de los bueyes que aguardan la marcha. Y tú buscas sosiego al correr hasta los manchones sonrojados de las flores del viento. Tu mano corta multitud de anémonas para juntarlas en un ramo que vas a tenderle a tu madre. Careces de palabras para hablar de tu amor filial. Sabes que la florida belleza lo hará mejor que la impericia de tu lengua. Ella suelta la mano inquieta de Orestes y toma conmovida tu obsequio. Inclina, luego, la cabeza hasta que se mezclan tus dorados cabellos con los suyos de vetas bermellón como las vetas de la gruta. Y tampoco ella dice nada. El manojo habla por ambas.

Se acerca, zumbando, una abeja, para después alejarse ahuyentada por el movimiento enérgico de tu madre. La sacra miel no va a contar con el néctar dulce de este delicadísimo hato. Y tan delicado es, que con el gesto de la mano empieza a deshacerse.

Es hoy, Ifigenia, que tu destino va a culminar. Hoy será cuando tus ojos hagan suyos la imagen añorada de tu esposo. Hoy, cuando los brazos de tu padre te reciban. Sin embargo, esos momentos se pierden aún en la distancia, detrás de los montes. Y tú serás por última vez la hija dócil, la hermana amorosa, para, después, ofrendarte en el ara de himeneo.

Sientes al golpear del carro, cómo tu tiempo se deshace como se deshace la espuma de los mares a los que te aproximas. Porque en ti vive un tiempo que quisieras largo, muy largo, Ifigenia, para llenarlo con la presencia de tu familia, para atesorar la sólida imagen de tu madre, la risa inocente de ese niño pequeño: tu hermano. Pero sientes, también, el apremio. El deseo de que corran las horas que te separan de las puertas de ingreso a ese otro mundo muy pronto tuyo. A veces sueñas que las bestias galopan como los caballos del sol, y otras, sientes su paso coagulado como se coagula una herida con el aire.

Miras la larga hilera de cipreses que caminan en dirección contraria, erguidos, esbeltos, dirigiendo su cresta hacia los cielos. El canto rumoroso de un arroyo te hace percatarte de tu fatiga y de tu sed. Ahí, en su ribera, hacen alto. Orestes corre libre, otra vez, de la atadura de los brazos de tu madre. Acaso también él sueñe con tu padre, el rey, y quiera sentir en sus mejillas el suave cosquilleo de su barba, quiera pasar la mano por su escudo y tocar el cuero recio de las correas que lo sujetan. Pero aún es tan pequeño que no es capaz de abrir la caverna que guarda sus deseos para depositarlos, luego, en la superficie tibia de su lengua.

Orestes corre hacia un bosquecillo de olmos. Tú corres tras él y te sobresaltas con una cierva herida, que mucho más veloz, casi como el viento, sale de la espesura. Después vuelve a perderse dejando tras de sí una huella roja que la tierra bebe en un instante. Te entristece la escena en esta mañana llena de esperanzas. Sin embargo, no estás dispuesta a dejarte habitar por algo más que no sea tu propio deseo que quiere reducir el tiempo y la distancia. No, Ifigenia, no permitirás que tu dicha se ensombrezca. Tomas a Orestes entre tus brazos y lo besas. Poco a poco el sosiego vuelve. Y vuelve, también, el temblor que recorre tu cuerpo al soñar con Aquileo el de los pies ligeros. Ligera quisieras tú la marcha, no de bueyes, de caballos que a él te condujeran en trote casi alado.

Atrás quedan los olmos, y el verdor va cediendo su sitio a los ocres de los riscos, a la gama de grises que repta por los suelos y trepa los montes hasta coronar los brazos desplegados de los olivos. Tu vista, morosa, se detiene en la altura de las peñas que te ofrecen la maravilla de sus tonalidades danzantes al juego de la luz y de las sombras. Y piensas que allá atrás se deshacen las olas contra ellas.

Tu alma, Ifigenia, también se pulveriza arrebatada de emociones. Y miras las ánforas que oscilan con el movimiento y que despiden un leve sonido al contacto de las unas con las otras. Entonces imaginas que también tú eres rebosante ánfora de una dicha líquida que se agita y resuma por los poros de tu piel. Ves el brillo sudoroso de los lomos de las bestias. Tu mano extiende los pliegues del peplo tan adherido a ti. Rozas la punta de tus pechos que despiertan al leve tacto de tus dedos.

De pronto tienes la impresión de que estás soñando en tu lecho del palacio de Micenas. Que cuando abras los ojos llegará tu aya para auxiliarte con el

aseo matutino. Que Electra te llevará de la mano para mostrarte algún mirlo que erró el camino, y que yace atontado al pie de las columnas. Que harás un pequeño cuenco con tu palma para ofrecerle unas gotas de agua. Que ayudarás, después, a teñir de púrpura las telas. Que escucharás el canto que suele acompañar las labores, y que tú misma, también, lo emprenderás. Todo es un sueño, te dices. Pero, entonces, te das cuenta de que tus ojos están muy abiertos, que transitan por los caminos de las rocas, y que ahí se pierden.

El andar fatigoso de las bestias principia el ascenso al último obstáculo que aún te separa de la meta. Ahora sí entornas los párpados y quisieras dejarlos cerrados hasta llegar a la cima. Sin embargo, el graznido de unas aves te hace desobedecer tu propio mandato. Sobre tu cabeza se extienden las alas blancas de algunas gaviotas, emisarias del paisaje que estás a punto de conocer, de las veleras naves, de la dicha que va a extenderse en ti, como se extienden al sol y al viento las telas en el río. El camino es muy tardo y tus ansias, muy veloces. Por entre los olorosos arbustos de eneldo corre, no lo sabes bien, una liebre o quizás una rata. También yo quisiera correr, te dices anhelante. Percibes la humedad de la brisa. Tienes un gusto a sal en la boca.

Tu tiempo, Ifigenia, se cuenta en el paso cansino de los animales. Nunca fueron más largas las horas que mide imperturbable la clepsidra. Eres tú quien está turbada. Te distrae el vuelo blanco que parece bordar los aires cada vez en mayor medida. Y el ruido de los carros se confunde con el fuerte rumor que se agita en tu pecho.

Y de pronto, no obstante que lo has esperado llena de deseo, lanzas un grito de júbilo, como si el espectáculo que se ofrece a tus ojos fuera una sorpresa milagrosa. Allá lejos, se perfila la superficie in-

mensa, inmensamente azul, de los mares que parecieran murmurarte la bienvenida. Te llevas las manos al talle, temerosa de que tu corazón lo rompa como ves a las olas romperse en espumas. Distingues, luego, pequeñas manchas que se mecen sobre las aguas. Sí, Ifigenia, son las naves al mando de tu padre. Afinas la vista y alcanzas a descubrir puntos minúsculos como el ir y venir de las hormigas. Y uno de ellos, Ifigenia, es Aquileo, el valeroso guerrero que va a desposarte. Sientes cómo se te empañan los ojos; ahí abajo, Aulis te aguarda. Sientes cómo ahora eres sólo una brasa estremecida.

Caen unas gotas muy finas de lluvia que revolotean contra las luces detrás de los árboles. Hay un suave siseo de hojas. Desde esta penumbra, las campanas del reloj de la iglesia se dejan escuchar diez veces. Y en el parque todos parecen dormir...

El hombre observa agitarse el polvo cada vez más cerca en el camino. A sus pies la fila de hormigas continúa su marcha. Se pone de pie y extiende la tela de su ropa que le raspa, como si las hebras, de pronto se hubieran transformado en afiladas puntas de lanza. Tal es su deseo, que la piel se le ha vuelto tan tierna como la de una mujer, como la de la joven que se aproxima.

El hombre se adueñará del frágil instante de la sorpresa para tomarla entre sus brazos. Va a raptarla, y no ha nacido quien pueda detenerlo. La llevará a los confines más recónditos del mundo donde ni los dioses puedan saber su paradero, ni las águilas volar tan alto. Su lecho estará a resguardo entre las nubes.

Escucha el piafar jadeante de su cabalgadura, que no consigue alterar la mansedumbre de los

bueyes de florecidas astas. Y con un movimiento de su brazo, toma a la joven que deposita sobre la grupa contra su pecho.

El sol no ha caminado ni un paso en las llanuras de los cielos y en el mar apenas se ha destejido una ola.

¿Quién eres tú que así me llevas por la fuerza?

Soy...

La noche de las hormigas terminó de imprimirse en mayo de 1997, en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V. Centeno 162, Col. Granjas Esmeralda, C. P. 09810, México, D.F. Cuidado de la edición: Elsa Torres Garza y Freja I. Cervantes.

Materia dispuesta

Juan Villoro

Materia dispuesta es un irónico reverso de la novela de aprendizaje: Mauricio Guardiola, protagonista del libro, crece en una cultura que perdió la brújula y no sabe cómo ser "auténtica". En esta peculiar educación sentimental, toda tradición es absurda; incluso la tierra, marcada por los terremotos, se comporta en forma vacilante.

En **Materia dispuesta** la religión, los lazos familiares, el teatro, la sensualidad, las calles, los olores y aun las salas de bronceado ofrecen lecciones originales y no siempre edificantes. El antihéroe de este proceso formativo es adicto a lo dulce, el tabaco y otros estímulos capaces de suavizar la realidad: enfrenta el mundo como "materia dispuesta". La feliz paradoja narrativa es que el protagonista indolente, casi inactivo, provoca historias singulares. Villoro prosigue la reinvención territorial de la ciudad de México iniciada en El disparo de argón y se apropia de otro escenario simbólico, Terminal Progreso, la orilla donde la ciudad se mezcla con lo que queda del lago de los aztecas.

Rito de iniciación

Rosario Castellanos

Rito de iniciación es una novela completamente diferente a todo lo que publicó antes Rosario Castellanos. En muchos sentidos la novela se anticipó a lo que ha sido la literatura mexicana en las últimas tres décadas.

En **Rito de iniciación** descubrimos a una Rosario Castellanos que sólo podría haber sido imitada y superada por ella misma; y como en todos sus escritos, hay una buena dosis de autobiografía, pero sólo en algunos aspectos, y de una sola manera: la anecdótica.

En 1965 Rosario Castellanos anunció la escritura de su nueva novela **Rito de iniciación**; cuatro años después, divulgaba su destrucción definitiva. Sin embargo, después de casi 30 años, el escritor Eduardo Mejía encontraría la novela: "Era cierto: todas las copias fueron destinadas al fuego, menos el original, que había conservado amorosamente."

Cielos de la Tierra

Carmen Boullosa

Novela cuasi histórica, novela de utopía, novela abierta y novela-retrato, **Cielos de la Tierra** es una mirada al fin del siglo y a los desengaños e ilusiones del hombre moderno, metáfora de la destrucción y de la esperanza.

Cielos de la Tierra es, además, una nueva propuesta literaria que recoge tres manuscritos en un texto: por un lado, la crónica escrita en el siglo XVI por Hernando de Rivas, quien ya viejo narra en latín la verdadera historia del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, y a espaldas de sus contemporáneos esconde su manuscrito. Por otra parte, la versión de Estela Díaz, quien en la difícil década de los noventa encuentra el manuscrito y cree hallar en él una reflexión sobre el presente y su historia personal, por lo que se aboca a paliografiarlo, traducirlo, y a su vez a esconderlo, siguiendo el juego de Hernando, incluyendo 7también su retrato personal.

Finalmente, Lear, una mujer de la comunidad de sobrevivientes del futuro, recibe el manuscrito que Estela ha escondido, y al tiempo que traduce el texto y su versión de la historia de Hernando, cuenta su vida en L'Atlàntide.

Amaneceres del Husar

Eduardo Casar

En **Amaneceres del Husar** los lugares comunes, unas veces repudiados y las menos venerados, son un artificio irreverente, un instrumento para discurrir sobre la trivialidad de todos los días.
Un Husar sin acento y sin caballo es el singular personaje de esta historia, quien amanece para el encuentro con las palabras de todos y de nadie, las cuales de tanto desvirtuarse han perdido el sentido y ya desvanecidas reclaman la atención de otras, quizá menos vulgares de lo que parecen, o más eruditas si de lengua de poetas se habla.
Amaneceres del Husar, la primera novela de Eduardo Casar, es el espacio laberíntico del lenguaje, donde las frases de uso en el Husar han de incubar un misterio embarazoso. De las hazañas del Husar, Eduardo Casar reconvierte el lenguaje literario, lo encubre y despoja en un juego que resulta una propuesta narrativa insólita y divertida.

Otros títulos de esta colección:

ALFAGUARA

EL VIAJERO DE PRAGA
Javier Vásconez

EL CASTILLO DE LA MEMORIA
Olga Nolla

AMOR DEL BUENO
José Agustín

DE TACONES Y GABARDINA
Rafael Ramírez Heredia

LAS HOJAS MUERTAS
Bárbara Jacobs

TIJUANENSES
Federico Campbell

EN LOS LABIOS DEL AGUA
Alberto Ruy Sánchez

LOS NOMBRES DEL AIRE
Alberto Ruy Sánchez

LOS CUADERNOS
DE DON RIGOBERTO
Mario Vargas Llosa